
La Revista de Santander

O

1931

Número 3

Cuarto tomo

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANTONIO PLASENCIA: <i>Narcisus Poeticus</i> . . .	97
JOSÉ MARÍA G. RODRÍGUEZ ALCALDE: <i>Leopoldo</i> <i>G. Alas Ureña (Clarín)</i>	100
ELÍAS ORTIZ DE LA TORRE: <i>Agustín Riancho</i> .	120
EL MARQUÉS DEL SALTILLO: <i>Los Herrera de la</i> <i>Concha del Convento de la Canal</i>	134

NUEVA MONTAÑA

SOCIEDAD ANÓNIMA DE HIERRO
Y DE ACERO

SANTANDER

Lingote al cok para 'moldería y afino ::
Lingote manganesífero especial para
hornos Martín Siemens :: Cok meta-
lúrgico :: Sulfato amónico :: Benzol ::
Solvent :: Naphta :: Naftalina :: Al-
quitrán :: Brea :: Creosota :: Antra-
ceno :: Cemento portlant «Montaña»

* * *

Tubería de hierro fundida verticalmen-
te para conducciones de agua y gas

TELEGRAMAS Y TELEFONEMAS:
NUEVA MONTAÑA - SANTANDER

APARTADO DE CORREOS 36 — SANTANDER
TELÉFONOS 1515 SANTANDER Y 3924 FÁBRICA
NUEVA MONTAÑA

A NUESTROS SUSCRIPTORES

les recordamos que hemos
confeccionado unas elegan-
tes tapas para la encuader-
nación de los tres tomos
publicados de

LA REVISTA DE SANTANDER

las cuales pueden solicitar-
se de esta Administración,
Librería Moderna, Amós
de Escalante, 10, teléfono
27-35, que también se
encarga de la encuaderna-
ción de los referentes to-
mos a **2,75** ptas. cada uno.

PRECIO DE LAS TAPAS SUELTAS: **2** PTS.

La Revista de Santander

Publicación mensual de
Arte, Historia y Literatura regionales

REDACCIÓN: BIBLIOTECA MUNICIPAL
ADMINISTRACIÓN: LIBRERÍA MODERNA

Precios de suscripción: Año, 25 ptas. Número suelto, 3 ptas.

TARIFA DE PUBLICIDAD

Plana completa:	un año, 450 ptas.; medio año, 250 ptas.
Media plana:	» » 250 » » 140 »
Un cuarto de plana:	» » 140 » » 75 »
Un octavo de plana:	» » 75 » » 40 »

Viuda e hijos de Casiano Arrarte



Efectos navales = Fábrica de cordelería
= y cables lubricantes =



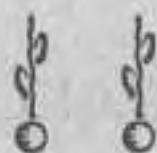
Calle de Méndez Núñez, 2
Teléfono número 12-80

Santander

Telegramas y telefonemas
Arrarte

Sastrería Ontañón

Plaza de Dato (antes Príncipe),
núm. 1, entresuelo. Teléfono 23-21



Santander

Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Santander

Edificio central: Tantín, 1
Subcentral: Hernán Cortés, 6

Sección del Monte de Piedad

Préstamos sobre alhajas, ropas y efectos. Créditos y préstamos con garantía personal, hasta 2.000 pesetas. Créditos con garantía de valores. Idem con garantía hipotecaria exentos del pago de derechos reales e impuesto de utilidades.

Sección de la Caja de Ahorros

Libretas a la vista 3,50 por 100. Idem especiales con preaviso de ocho días, 4 por 100. Los intereses son abonados semestralmente en enero y julio. Sellos de ahorro. Buchas para tener en poder del imponente.

Sección de Retiros

Pensiones vitalicias y temporales. Idem inmediatas y dotes infantiles para los 20 o 25 años.

PLUMAS PARKER



Cuando necesite Vd. una pluma
estilográfica, vea las de esta marca
y después de comparar con otras,
decídase por la que le ofrezca
más garantías



Venta: LIBRERÍA MODERNA

— BENIGNO DIEZ —

Amós de Escalante, núm. 10. -- Santander



LA IBERO TANAGRA S. A.

FÁBRICA DE LOZA

ADARZO :: APARTADO 58 - TELÉFONO 2.085 :: SANTANDER

MEDALLA DE ORO Y DIPLOMA DE HONOR
EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BARCELONA 1929

Artículos de loza fina para toda clase de servicios de mesa,
cocina, tocador y sanitario :: Especialidad en vajillas
finas, tipo inglés, estampadas :: Pida nuestra marca en
:: :: :: todos los comercios :: :: ::

LIBRERIA MODERNA

DESPACHO: AMÓS DE ESCALANTE, 10.—TELÉFONO 27-35

Librería nacional y extranjera * Textos para
todas las carreras * Material de enseñanza y
dibujo * Papelería y objetos de escritorio ~

/ / /

Impresos de todas clases para el comercio,
bancos y sociedades * Modernidad y gusto en
la producción * Nobleza en el trato comercial

/ / /

Encuadernaciones de todas clases, de lujo y
económicas * Estampaciones en oro y colo-
res * Muestrarios y carpetajes ~ ~ ~

TALLERES: CALLE DE VARGAS, 47.—TELÉFONO, 37-66

Imprenta y
Encuadernación

NARCISUS POETICUS

En una platabanda de mi jardín florecen los narcisos como pequeñas ánforas de esencias servidas sobre estrellas doradas.

Los narcisos son flores tempraneras. ¡Qué amables y solícitas son las flores tempranas! Acuden a saludarnos con donoso cabeceo, impulsado por los vientos de abril, para ofrecernos aromas vírgenes y decirnos, gozosas, que su muerte de antaño no fué tal muerte, que fué quietud sagrada, renovación de vida. Bondadosas afirman nuestra esperanza.

Los narcisos de los poetas, los *narcisus poeticus*, bautizados así en el Jordán dogmático de la ciencia, se mecen en sus tallos gentiles, muy orgullosos, como si el nombre les diera ejecutoria de hidalgos de la excelsa poesía, como si fueran paladines intelectuales llamados a reivindicar el espíritu de la raza floreal, relegada hoy a ornamento de vanidad y deleite de los sentidos.

En otro tiempo las flores desempeñaron misión espiritual. El romanticismo, la timidez y el recato, combinaron ramilletes simbólicos para contacto ideal de los amantes. Las flores hablaron lenguaje de amor: lenguaje olvidado en los estadios del *sport* moderno. Ante la elocuencia sonora del *flirteo*, la musculatura recia, el gesto escultórico y la falda, que acorta el huerto del pudor, pereció el simbolismo de las flores.

Pero a veces llegan a nosotros ecos perdidos de aquel muerto lenguaje cuando abrimos el cajoncito de los recuerdos abandonados, el jardín seco del olvido en donde exhalan aromas de otra edad, rizos, versos y retratos borrosos y amarillentos; ceniza de esperanzas, polvo de flores.

Entre aquellos retratos tengo un daguerretipo de mi madre, recién casada, casi una niña; y cuando, entre los reflejos de la placa, logro ver las líneas del peinado, partido en cocas, o el camafeo de marfil sobre la manteleta tornasolada o las manos de nácar entre las rejillas de los mitones, sospecho que algún ramillete de tulipanes inició la génesis de mi existencia. Quizás por esta iluminación atávica de mi progenie sé que las flores hablan porque las oigo en la quietud sonora de los jardines. ¿Lo dudáis? ¿No sabéis que los mástiles hablan desde mares lejanos? Si los latidos de las ondas *hertzianas* irradian una lengua universal ¿por qué no entenderemos los íntimos idiomas de las flores, si sus tenues efluvios llegan a los resortes de nuestro espíritu?

Cuando yo, deslumbrado por la risueña policromía del jardín en flor, busco reposo espiritual y gozo del instante vivir contemplando la expansión de un clavel, la danza de una mariposa, el afán de una hormiga o la pereza de un caracol, como si fueran hechos grandiosos de la existencia universal, entre el concierto de rumores oigo los cuchicheos de las flores que comentan lo que ven en charla misteriosa con los insectos graves y las brisas locuelas.

Y en estos veleidosos discreteos, los narcisos, envanecidos con el egregio mote de poetas, se permiten fantasear sobre las más firmes opiniones de los hombres, con petulante lirismo de academia.

Los narcisos se burlan de los adoradores de una belleza natural, como diosa suprema: de los filósofos y los poetas que, durante siglos, han cegado la fuente creadora de lo bello, aplicando esta gracia a todo lo existente. Pregonan que es bella la luz y la sombra, la tierra y el espacio, la brisa y el huracán, la flor y el torrente, la hoja reseca y la estrella palpitante; dicen que es bello el niño angélico y la mujer venusina, el varón apolíneo y el asceta llagado; que es bello combatir y bello perdonar, bellas la placidez y la angustia, la risa y el llanto, la bacanal y la oración, la cuna y el sepulcro, como si la belleza fuera esencia misteriosa aplicable o adherida a los mecanismos de la naturaleza, a las ansias humanas y a los esplendores de lo divino.

Y añaden los narcisos que mientras los filósofos, artistas y poetas se afanan en orientar a la humanidad con definiciones nebulosas sobre tantas paradojas desconcertantes, el homúnculo vulgar, el individuo humilde, trashumante, desorientado y atónito, sigue creyendo en un ente dogmático, norma y modelo de los artistas, y se pregunta: ¿cuál es la realidad viva de la belleza, como alma de las cosas más heterogéneas, discordes y enemigas, que no ha logrado forma concreta ni clara definición científica, siendo la ciencia definidora de tantos arquetipos espirituales?

Y aquellas flores tempraneras, las copas de oro sobre estrellas rizadas,

afirman, vanidosas, que el origen de la belleza es el Secreto de Narciso, secreto atesorado por esa egregia dinastía de *narcisus poeticus*. Pero secreto divulgado por la historia, en su eterna polémica con la fábula.

¿Qué misterioso enlace puede haber entre narcisos, artistas y poetas?

El caso fué, ya lo sabéis, que aquel Narciso mitológico, buscó lo bello en el Olimpo, entre ninfas y dioses, flores y músicas, y no halló la belleza hasta verse a sí mismo sobre los espejismos de una fuente.

¿Fué Narciso varonil hermosura deleznable o inmortal creación esculpida en la historia por el Arte como emblema bronceo de nuestra psicología?

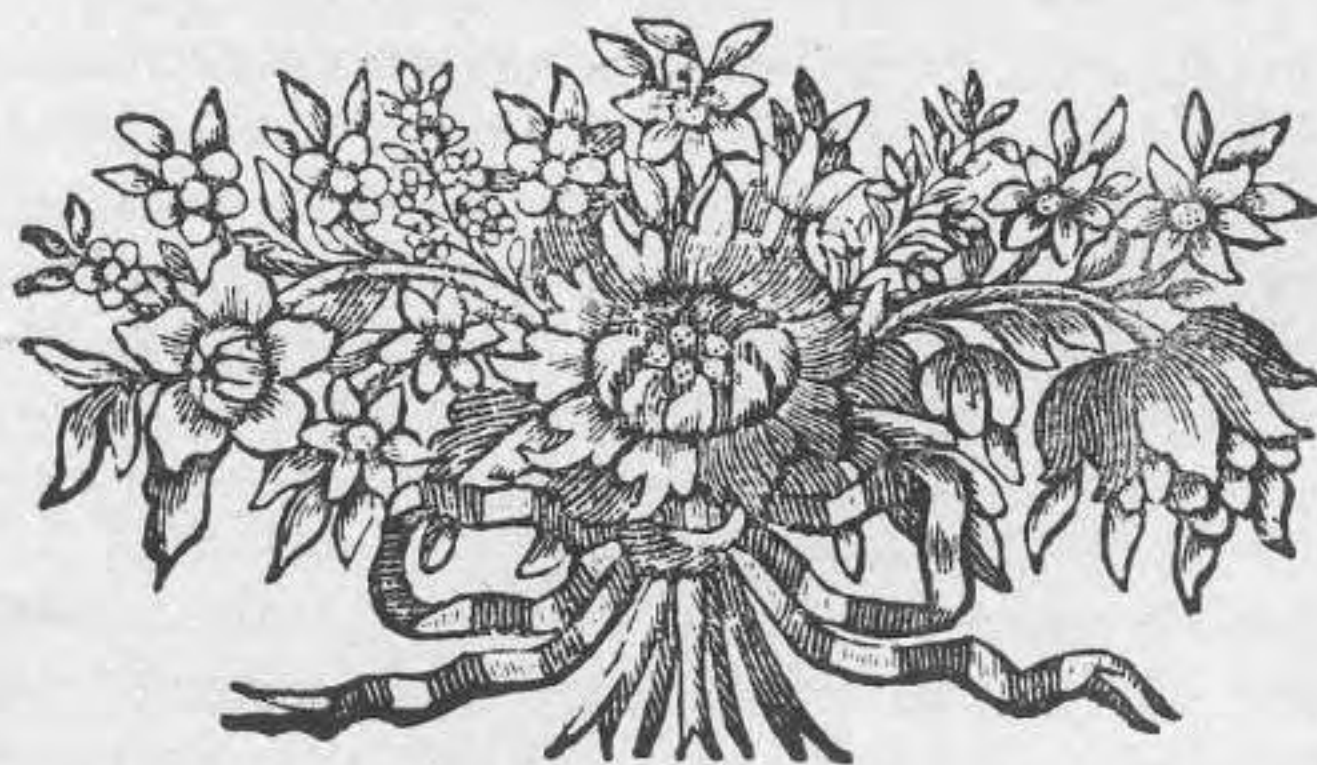
¿En dónde está lo bello, en la fuente o en Narciso?

Yo no lo dudo. La humanidad narcísea. Dialogamos con la naturaleza sobre nuestros amados ideales.

La belleza del Arte es creación humana, actividad espiritual, amor vibrante de la vida. No es ontológica, ni dogmática, ni absoluta, ni está en las cosas; es perfección formal de las ideas que tenemos sobre las cosas; floridez desparramada por la infinita variedad de los abiertos campos individuales.

La naturaleza, muda, automática, impenetrable refleja y nos devuelve, como la fuente de Narciso, lo bello que creamos con la luz y el amor encendidos por Dios en nuestra lámpara de barro.

ANTONIO PLASENCIA





LEOPOLDO G. ALAS Y UREÑA

«CLARÍN»

NACIÓ EL 25-IV-1852.
MURIÓ EL 13-VI-1901.

Desde hace años siento la comezón de escribir sobre don Leopoldo G. Alas como novelista y cuentista sin que ciertos inaplazables quehaceres y un forzoso ajetreo me lo hayan permitido.

Aprovechando unas vacaciones que generosamente me he concedido, quise realizar el tal conato, para lo que tenía ordenado ya el trabajo, pero, como el hombre propone y Dios dispone, he consumido el corto tiempo que me otorgué para ese menester en repasar otros aspectos de la obra de «Clarín», a los que dedicaré unas cuartillas, que, sin habérmelo propuesto de antemano, servirán de precedentes a lo que, pasado el tiempo y cogida mejor ocasión, si Dios lo quiere, publique sobre las novelas, los cuentos y también sobre las poesías de Alas.

He recogido en este mi trabajillo algunos juicios—los más de ellos—expuestos por «Clarín» con relación a Menéndez y Pelayo, ganoso de contribuir al homenaje constante que al sabio montañés debemos sus conterráneos.

Aunque veo, ya en este primer momento en que todo lo propio suele parecer mejor de lo que es, los defectos, las omisiones y hasta el desorden de mi labor referente a «Clarín», entrégosela de buen talante al lector, porque, aunque torpe y un tanto deshilvanada, me permite hacer pública.

mi veneración a «Clarín», nacida desde que en mis estancias estudiantiles en Oviedo, pude, con el recuerdo de los pasos del novelista asturiano por «Vetusta», admirar la figura engrandecida justamente por el tiempo del docto profesor.

A la memoria de mis fraternales amigos y compañeros don José de Ciria y Escalante y don Francisco María Chauton y de Hazas, que fueron alumnos de la Facultad de Derecho de Oviedo, ofrezco, con sentida y afectuosa devoción, este artículo.



Por razón del cargo público—el de gobernador civil, si no marra mi memoria—que desempeñaba su padre, nació en Zamora el que fué gloria de las Asturias de Oviedo, enriquecedor generoso de las Letras españolas y fomentador de la cultura patria, don Leopoldo G. Alas, «Clarín», tan discutidor como discutido, tan sesudo como vehemente, tan citado por unos y por otros como mal conocido de la mayoría en las empresas que su actividad constante le forzó a realizar con esplendidez no bien juzgada por los críticos adversos y deficientemente ponderada por los afines.

Por ser asturiano y por representar cabalmente, aunque tenga varias y valiosas cualidades peculiares, las características que ostenta la mayor y mejor parte de los prosistas del Norte—sobre todo los gallegos, asturianos y montañeses—paréceme oportuno componer unas cuartillas para «LA REVISTA DE SANTANDER» sobre el con razón temido e ilustre escritor de las otras Asturias.

Hasta el año 1913, según una autorizada afirmación de Azorín, no se había escrito una biografía completa de don Leopoldo G. Alas, e ignoro si posteriormente se ha publicado alguna, pues aunque sé que un erudito profesor asturiano, compañero que fué de «Clarín» en la Facultad de Derecho de Oviedo, prepara desde hace algunos años un extenso trabajo sobre su colega y paisano, no tengo noticia de que haya sido ya dado al público, ni conozco estudio biográfico minucioso alguno referente al inquieto autor de *La Regenta*, si bien debo declarar que es muy fácil que me halle en ignorancia vencible en este punto, ya que otras ocupaciones absorbentes sólo me dejan mirar al panorama literario como a hurtadillas y en menguado ocio.

Un «hijo de Santander», ufano de su nacencia, comentaba con alborozo las glorias santanderinas, opinando que los «hijos de Santander»—a los que, según referencia de uno de ellos, Prim pagaba en oro—eran de mejor condición que todos los otros seres del género humano, y

obteniendo como conclusión optimista la de ser una bienaventuranza el nacimiento en Santander, dolíase de que él no fuese santanderino por los cuatro costados con esta lamentación, digna de ser aprovechada por los defensores del «jus soli»: ¡qué culpa tengo yo de que mi pobre madre tenga la desgracia de haber nacido en Zamora!

No tendría «Clarín» por desdicha suya haber nacido en la lealísima ciudad de la traición, y algún cariño debió de tener para la que fué sede del Obispo Acuña, ya que, según el fidedigno testimonio de Palacio Valdés, escribió Alas, cuando ambos estudiaban el bachillerato, un drama histórico en verso titulado «Tras los muros de Zamora», teniendo yo por probable que al elegir el lugar de acción para el tal drama influyera sobre el adolescente autor el afecto a la tierra natal.

Pero sin escatimar ni una tilde de honor a Zamora por haberse medido en ella la cuna primera de «Clarín», hay que confesar en éste su naturaleza asturiana, no sólo por su progenie, sino por la suma de sus cualidades, a la que, para evitarme la busca de más apropiado término, denominaré temperamento de don Leopoldo G. Alas, el cual no representa, huelga decirlo, al del tipo corriente asturiano, mas sí se pueden descubrir en él, sin gran esfuerzo, las propiedades de los que han sido llamados andaluces del Norte, elevadas de nivel en «Clarín» por recibir sobre ellas las que un gran ingenio lleva consigo.

Asturiano de pura y antigua cepa es el linaje de Alas, como se lee en los genealogistas, que hacen mención de la casa solar de Alas en la villa de Avilés.

Don Leopoldo resucitó el apellido compuesto García-Alas (convertido por Cejador en García de las Alas), pues sus ascendientes inmediatos habían usado solamente el de Alas.

Las sobresalientes facultades intelectuales de «Clarín» se manifestaron ya como tales desde niño. Cuando estudiaba el segundo año del bachillerato en el Instituto ovetense, conoció a su contemporáneo don Armando Palacio Valdés y juntos concibieron entonces la idea de fundar una sociedad que representase comedias con que pasar entretenidos las lluviosas tardes de los días festivos, siendo «Clarín» desde el primer instante el *autor de la casa* sin que le preocupasen para nada los derechos de representación. En esa época escribió «Clarín» varias obras dramáticas, de las que recordaba Palacio Valdés dos títulos, el del drama histórico a que me he referido y el de una comedia: *Por un real*, la cual se desarrollaba en una botillería y tuvo su origen en un episodio ocurrido a Alas y a sus amigos cierto día que habiendo entrado a refrescar en un establecimiento, supieron con el natural asombro que el importe de lo consumido excedía en veinticinco céntimos al numerario que entre todos los de la sociedad reunían en aquel momento. Del tiempo en que Alas

y Palacio Valdés estudiaban en el Instituto, data la amistad de ambos con don Tomás Tuero, buen periodista, prematuramente fallecido (1).

La estancia de don Leopoldo Alas en Madrid fue de gran provecho para sus vocaciones culturales. Ningún escenario pudo ser mejor para «Clarín» que su vida en la cátedra de Oviedo, pero para consumar en el ambiente provinciano su copiosa y recia obra, era menester que residiese algún tiempo en el vaivén intelectual madrileño.

Don Leopoldo cuenta en uno de sus *Folletos literarios* sus primeras ilusiones e impresiones respecto de Madrid: «...por aquellos días llegó a la villa y corte de don Amadeo de Saboya un pobre estudiante, licenciado en Derecho, que venía a hacerse *filósofo* y *literato* de oficio y a contemplar y admirar a todas las *lumbreras* de la ciencia, del arte y demás, que en su sentir pululaban en la capital de las Españas. El cual estudiante, en cuanto se quitó el polvo del camino y sintió el *horror* de la posada madrileña y gimió un poco a sus solas por la madre ausente, se fué derecho al paraíso del Español, a buscar en la poesía un consuelo para la nostalgia, o llámese morriña; pues el estudiante era gallego o poco menos: era asturiano.

El arte, como el cielo estrellado, es una patria común para todos

(1) «...Antón del Olmet y... Torres Bernal. Los grandes españoles. Palacio Valdés... Madrid... 1919», páginas 55 y siguientes. Don Adolfo Posada en un artículo publicado en *La Lectura*, al que me referiré también en otro lugar de este trabajo, dice: «...Leopoldo dejó una obra interesantísima de sus tiempos de estudiante en Oviedo. La colección de un periódico suyo manuscrito que hacía por los años de la Revolución de Septiembre. Está encuadernada esta colección en dos tomos, y la portada dice: *Juan Ruiz, periódico humorístico*, por Leopoldo Alas Ureña, Oviedo, 1868. El número primero es del 8 de marzo, el último (número 50), es de 14 de enero de 1869. *Juan Ruiz*, dice al frente de este último número, se retira por ahora a la vida privada, y si vuelve a salir expondrá su programa... o no lo expondrá. Y antes «días que sale, nunca, se ha acabado».

Tiene gran valor este periódico, sobre todo para estudiar a «Clarín» y para ver cuán natural y espontáneo era en Alas el «Clarín» de la sátira y de los Paliques», página 215.

Don Armando Palacio Valdés hace alusión al periódico de «Clarín» recordado por Posada. «Quien mostraba hacia ellos — ciertos periódicos satíricos que se publicaban a la sazón en Madrid — más intenso aprecio era Alas, cuya vocación de escritor satírico se hizo ostensible desde bien temprano. No solamente los imitaba, escribiendo semanalmente para su uso particular un periódico, que tituló *Juan Ruiz*, sino que enviaba a menudo a *Gil Blas* articulitos y versos. ¡Caso prodigioso: este semanario tan exigente y desdeñoso para todos los literatos que entonces existían en España, insertaba los escritos de un niño de quince años! No dudo que su famoso *Juan Ruiz* contendría trozos muy apreciables, dignos de la pluma de los redactores de aquel periódico. Yo no los he leído ni los ha leído nadie, porque la letra de Alas fué siempre inverosímilmente perversa, y durante su carrera literaria causó crueles tormentos a los tipógrafos», página 269 de «La novela de un novelista... Madrid... 1921». Posada asevera con relación a las cuartillas de «Clarín» que eran «de letra difícil, verdaderos garabatos al pronto indescifrables».

Yo que he tenido ocasión de ojear algunos autógrafos de Alas, suscribo íntegramente lo dicho acerca de la letra de éste por sus dos conspicuos conterráneos, y lo corroboro con satisfacción, porque no hubiera logrado, de no haber visto la de «Clarín, hallar peor letra que la mía.

los desterrados: todos los que somos del mismo hemisferio, mientras de él no salimos, tenemos en la *noche serena* la mitad del *paisaje* de nuestra tierra, dondequiera que vayamos; el que tenga la sana costumbre de mirar arriba, lleva este consuelo dondequiera consigo; pues la poesía es igual, es un refugio del alma triste, ausente de las almas y de la tierra de sus amores. De mí, o sea del estudiante del cuento, sé decir que por aquel tiempo de la *primera salida* en busca de aventuras literarias y filosóficas, en aquel Madrid que me parecía tan grande y tan enemigo en su indiferencia para mis sueños y mis ternuras y mis creencias, encontraba algo parecido al calor del hogar... en el teatro y en el templo. Me consolaba dulcemente entrar en la iglesia, oír misa, ni más ni menos que en mi tierra, y ver una multitud que rezaba lo mismo que mis paisanos, igual que mi madre. Otro refugio era el teatro, pero no cualquier teatro; no aquellos en que había cualquier cosa menos poesía. Mi teatro fué desde la primera noche el Español, donde se hablaba en verso más o menos castellano, donde un joven delgado y de piernas poco firmes, con cara de viejo, que parecía llorar, por el gesto con que declamaba, me hizo sentir un *temblor nuevo*, como dijo Víctor Hugo hablando de Baudelaire; no porque el joven tuviera que recitar maravillas, sino por el timbre de su voz y por las cadencias de su *canto*» (1).

En el mismo folleto se pueden leer también estas palabras: «Yo recuerdo, por ejemplo, lo que debo a Salmerón, a Francisco Giner, a Campoamor, a Castelar, a Moreno Nieto, a la Nilsson, a la Sara Bernhardt, a don Francisco Canalejas... y cada una de estas *deudas* me serviría para escribir algo de la *semblanza* de esos personajes». A la mayor parte de las descolantes personas recordadas por «Clarín» en las líneas copiadas, trató el pensador ovetense en el tiempo de su primera residencia en Madrid, en la que adquirió relaciones y buenas amistades que habían de servirle de eficaz estímulo para el seguimiento de su vocación de literato, tan precozmente exteriorizada.

Alas, Palacio Valdés y Tuero fundaron un periódico semanal que se tituló *Rabagás*, que si tuvo éxitos honoríficos, resultó ruinoso para los editores, publicándose cinco números solamente.

Se puede conjeturar que fué don Leopoldo Alas uno de los fundadores y asíduos tertulianos de la *Cacharrería* del Ateneo de Madrid, ya que entre los que la fundaron figura Palacio Valdés, inseparable de «Clarín» en aquellos días.

En la «Cervecería Escocesa» tenía Alas una animada tertulia a la que Ortega Munilla bautizó con el remoquete de «Bilis-Club» y en la

(1) «Folletos literarios. VI. Rafael Calvo y el Teatro español, por «Clarín» (Leopoldo Alas). Madrid... 1890», páginas 40 y 41.

que se destacaban don Armando Palacio Valdés, don Marcos Zapata, don Leopoldo Cano, don Luis Taboada, don Eusebio Sierra, don Manuel Reina, don Eduardo Palacio y otros literatos de mayor o menor nombradía (1).

Aunque no cuadra mal a «Clarín» el calificativo, asaz llevado y traído, de polígrafo, su afición más dominante en la mayor parte de su vida fué la literaria.

En un «palique», dedicado a Zorrilla, dice con relación a *El zapatero y el rey*: «...yo no puedo juzgarlo serenamente, porque es el libro por que aprendí a leer, y que me hizo de por vida aficionado a las letras. Lo sé de memoria y cuando hace un año Vico lo representaba en Gijón, pude advertirle con gran asombro suyo, que se había comido una redondilla en el monólogo del primer acto» (2). En el prólogo de la misma colección de «Palique» afirma su autor: «Mi afición principal está en las letras y desde hace muy cerca de 20 años, burla burlando procuro ir contra la corriente que nos lleva a la perdición, tal vez dejándome arrastrar a veces, por más no poder, pero volviendo a luchar siempre que tengo fuerzas» (3).

Porque entre las profesiones lucrativas era la cátedra la que mejor se amoldaba a la vocación educadora de «Clarín» y la que menos había de apartarle de su afición predilecta, hizo oposiciones a cátedra de la Facultad de Derecho, explicando en la de Oviedo en distintas fechas las asignaturas de Economía política, Derecho romano y Derecho natural. El padre de uno de los personajes—el Doctor—de *El pasajero*, dice: «Casi todos los profesores de todas ciencias son fantasmas, son exhalaciones; no más que bulto, no más que apariencia; ignorantes todos, todas ramas sin fruto, todos vana ostentación, todos mentira» (4). Lo que escribió Suárez de Figueroa, ha ya tres siglos, podía aplicarse, sin paliativo alguno, a una buena—o mala—parte del profesorado nacional del tiempo en que Alas profesó en la Universidad ovetense. Sea por lo exiguo de su sueldo, por las componendas de los que ejercen el caciquismo en las oposiciones a las cátedras, por la falta de estímulo, por los achaques padecidos por todas las ramas de la instrucción pública en España

(1) Sigo a los autores del libro citado en la nota primera, tomando al pié de la letra algunos párrafos. En el primero de sus *Folletos literarios* dice «Clarín»: «... la Cervecería Escocesa, pues es donde yo tomo café y donde murmuro», página 72.

(2) «Madrid 1894. Palique por Leopoldo Alas Clarín», página 69.

(3) Página XXI.

(4) «El Pasajero. Advertencias utilísimas a la vida, humana, por el doctor Christóval Suárez de Figueroa. A la Excelentísima República de Luca. Edición preparada por Francisco Rodríguez Marín...» página, 106.

o débase a otras cualesquiera causas, es notorio, desgraciadamente, que entre el profesorado español abundan, sin excluir al universitario, los que, secuaces en su esfera de *Fray Gerundio*, dejan los libros y se meten a catedráticos.

Profesor docto y eminente fué don Leopoldo Alas en las tres asignaturas que tuvo a su cargo en la por aquellos cursos famosa Universidad de Oviedo, cuya Facultad de Derecho contaba entre sus claustrales a maestros eruditos, varios de los cuales brillaron más tarde en la Universidad Central, en el Tribunal Supremo o en las Cortes.

Cumplió Alas a las mil maravillas su misión docente, pues, sin detrimento de la enseñanza que le estaba encomendada, instruía a sus alumnos en el saber enciclopédico que con original amenidad dejaba caer sobre la atención de los discípulos, haciéndoles recorrer diversos estadios de la civilización a tenor de las cuestiones relacionadas con la parte del programa que explicara.

Don Adolfo González-Posada, en un sentido artículo, dice: «¿Educador «Clarín»? Aparte el valor educador de los «Paliques», él, el profesor de Derecho natural, lo era, sin duda, y en grado supremo; de modo espontáneo, sin proponérselo, sin aire profesional. Eso, ¡jamás!

Educaba, es decir, elevaba—como educa y eleva siempre un espíritu verdaderamente superior—por el simple contacto o trato: por sugestión singularísima, con el ejemplo del pensador generoso, que siembra a manos llenas, que se da entero a sus discípulos y a los suyos, y que ofrece a la contemplación estética el edificante espectáculo de un maestro sincero, comunicativo, sin reservas, con noble ademán... ¿Sinceridad? ¿Nobleza? Oíd: «años y años llevo diciendo a mis queridos discípulos que procuren ser buenos, ante todo, y, además, si tienen tiempo, que procuren encontrar por el camino que me parece más racional, menos expuesto a engaños, una ciencia que yo no tengo, y que, por lo mismo, no puedo enseñarles». (De *El sombrero del señor cura*).

¡Nada, en verdad, comparable al influjo renovador y removedor de la cátedra de Leopoldo Alas!

Y fuera de su clase oficial, en las tareas de la Extensión universitaria ¡cuántas veces supo Alas transformar en templo el salón de sus lecciones, y en verdaderos ejercicios espirituales sus discursos, llenos de unción religiosa, saturados de respeto hacia las cosas santas, que, en su renacer místico, se complacía en acariciar con amor de... otoño, intenso y reposado!

Aquel grupo de Oviedo que formábamos unos cuantos amigos íntimos, profesores en la simpática y queridísima Universidad, no habría podido realizar su modesta, pero viva labor, sin el apoyo del esfuerzo ofensivo de «Clarín», que acometía con el alma entera, cuando era pre-

ciso vencer una insidia o imponer un respeto. ¡Cuántos habrán debido rendirse a causa del santo temor al hombre de los «Paliques»!

Pero, sobre todo, Alas funcionaba de educador por el contacto espiritual, por acción directa, de alma a alma, en la conversación, en el diario trato... Procuraba el de Alas a los suyos, en aquella suave vida provinciana, llena de jugo gracias a él en buena parte, lo que todos necesitamos y no siempre tenemos, y es fuerza dar gracias a Dios cuando lo conseguimos: la relación personal persistente con un hombre superior. Que eso era «Clarín» en lo íntimo, no solo en su obra de literato, de crítico y de filósofo» (1).

«Para conocer a «Clarín» de veras, no basta leerlo: habíaque «vivirlo», y vivirlo allá en aquella Oviedo--en su «Vetusta».-Era indispensable asistir a su cátedra de Derecho Natural, a la que llegaba corriendo, con retraso (porque Leopoldo no podía madrugar), envuelto en los días de invierno en su gabán, subido hasta tocar en el sombrero, con aire de malhumor, casi siempre atravesaba rápido el patio de la inolvidable casa universitaria, penetraba en «nuestra aula», solíamos usar la misma: él a la última hora, bien corrida, y yo a la primera... y poco después, tomando pretexto o sugestión de cualquier ocurrencia o circunstancia, el hombre de los «Paliques» se transformaba en el pensador caliente y entusiasta, que sabía caminar con insuperable maestría por los más intrincados laberintos de la filosofía más alta y exquisita» (2).

Enteco de cuerpo, vigoroso de espíritu, amplio en cultura, estrecho en moral, cáustico algunas veces, certero las más de ellas, apasionado con las personas, frío en la crítica si el autor cuya era la obra no le caldeaba de entusiasmo o encendíale la furia, amigo de los suyos y adversario implacable de los enemigos de su persona y mayormente de los de su ideología, a no ser que éstos merecieran por derecho propio el homenaje de la fama, titubeante en la doctrina religiosa, místico por naturaleza, republicano en la política, claro en las ideas, fogoso en los

(1) «Adolfo Posada. España en crisis... Madrid, 1923», páginas 187 y 188.

(2) Adolfo Posada, obra citada, página 192. Fruto de la laboriosidad de «Clarín» como opositor a cátedra fué el folleto «Programa de elementos de Economía política y Estadística, precedido del razonamiento necesario para dar a conocer, en breve exposición, el plan y el método que se siguen. Presentado para los ejercicios de oposición a la cátedra de esta asignatura vacante en la Universidad de Salamanca, por el Dr. Leopoldo Alas y Ureña. Madrid... 1882.» Escribió «Clarín» sendos prólogos para «Ideas pedagógicas modernas por Adolfo Posada, Profesor de la Universidad de Oviedo... Madrid... 1892» y para la traducción que el mismo catedrático asturiano hizo de *La Lucha por el Derecho*, de Ihering. En el octavo de los folletos literarios—«Un discurso», Madrid, 1891—de «Clarín», publicó éste el discurso inaugural leído en la apertura del curso en la Universidad de Oviedo, en el que dedica un cariñoso y encomiástico recuerdo a su discípulo don Evaristo García Paz. El citado discurso a más de retratar de cuerpo entero a Alas como versado en las ciencias sociales, le exhibe como maestro afectuoso de sus alumnos.

sentimientos, con elevada distinción en las imágenes, hábil en el uso del lenguaje escrito, lector perseverante, pródigo en el discurso, feliz en las intuiciones, maestro del periodismo docente (que es raro que así sea en España), polemista de machacante lógica y acerada palabra que verberaba sin contemplación a los principiantes mediocres y que ponía en solfa a los veteranos en la profesión de las Letras si le ofrecían siquiera una tecla para ello, buen conocedor del movimiento cultural europeo de su época, fué don Leopoldo Alas uno de los varones que realizaron en la segunda mitad del siglo pasado obras más interesantes, que si nunca, de seguro, atraerán la ansiosa mirada del vulgo, vivirán largo tiempo para deleite, algo aminorado por la agresividad de algunas, de la gente culta que, desdeñosa para el oropel que da la necia aclamación, sabe gustar las escondidas—o casi escondidas—producciones del ingenio y de la sensibilidad elegantemente encaminada.

Dotado don Leopoldo Alas de un poder asimilador de las ideas verdaderamente peregrino, sentidor constante del conato de saber, observador perspicuo de la civilización sobre cuya superficie dejaba jugar libremente a su ingenio, excavador con su humorismo en las producciones culturales por las que se adentraba con gallardía merced a la fortaleza y al afán investigador de su entendimiento robustecido por el prurito, al que sin descanso complacía, de juzgar lo que con relación al sentir, al saber y al querer producíase en su tiempo o habíase producido en el pasado por los que habían traspuesto con sus obras las lindes de lo inédito, pretendientes, con justicia o por capricho, de provecho o de honra o, a la par, de gloria y de lucro, no es desatinado aceptar para «Clarín» el calificativo de polígrafo—que tanto desazonaba, según he oído, a Menéndez y Pelayo, cuando, ya como tópico, se le aplicaban a su gigantesco talento, a su colosal erudición y a su asombrosa sabiduría—que por más de algún apologista se le ha otorgado.

Literato y filósofo iba a hacerse a Madrid «Clarín», como él escribió y yo he copiado; literato sobre todo y sobre muchos fué el intencionado autor de los «Paliques». La vocación filosófica de Alas, menos intensa y menos arraigada, por la trazas, que la literaria salta a la vista en no pocos escritos de crítica y en varias, sino en todas las producciones literarias de otra índole que su loable fecundidad produjo. En el discurso leído para obtener el grado de doctor en Derecho, se muestra don Leopoldo Alas como buen juez de algunas orientaciones filosóficas, siquiera no deje de aparecer olvidadizo, o tal vez injustamente desdeñoso, de las enseñanzas de egregios filósofos del Catolicismo, entre los que pudo haber llevado a colación a muchos eminentes cultivadores de la filosofía en España. Publicó Alas el indicado discurso el año 1878, dedicándosele a don Francisco Giner de los Ríos. Consta de cuatro breves

capítulos, intitulado el primero Introducción, continente de una reseña con indicaciones críticas, de varias de las doctrinas filosóficas de moda en aquel tiempo; lleva por encabezamiento el capítulo segundo éste: Determinación del concepto del Derecho; en el tercer capítulo desarrolla el siguiente enunciado: Relaciones del concepto del Derecho con el de la moralidad y en el capítulo cuarto traza una «Breve exposición crítica del Derecho en la historia de la filosofía». Aunque la claridad que ilumina los otros escritos de don Leopoldo Alas no es tan luminosa en el discurso para graduarse de doctor, aunque no merezca la reputación de obra maestra, como la merecen muchos trabajos de «Clarín», es de justicia estimar en tal discurso, aparte su mérito grande respecto del fin para que se hizo, una elocución elegante y adecuada y una labor de exégesis meritoria y original en varios puntos.

Refiriéndose a la postrera etapa de la vida de don Leopoldo, dice Posada: «La filosofía le atraía entonces con una fuerza extraordinaria: deseaba elaborar de alguna manera la filosofía suya, la que tenía adentro, como eje inspirador de su vida de pensador y artista; una filosofía de fondo ético, de tendencia resueltamente espiritualista, de aspiraciones políticas en el más elevado sentido y de aplicaciones o consecuencias pedagógicas, ampliamente pedagógicas.

Ella, esa filosofía de «Clarín», está dispersa aun en sus artículos de crítica: no sólo en aquellos estudios de alta crítica serena—con sus gotas irónicas siempre, a que con tanto gusto se dedicaba—, sino también en sus «Paliques», que Leopoldo escribía, mil y mil veces, en el salón de lectura del Casino de «Vetusta, entre tertulia y tertulia o mientras hacía de las suyas cualquiera de los personajes de *La Regenta*.

Y está, además, la filosofía vestida con espléndido ropaje en los cuentos, en los maravillosos cuentos que escribe en el último período, cuando todo su espíritu se sentía dominado por la preocupación moral y metafísica del más allá» (1).

Espíritu tan inquieto, imaginación tan prolífica, entendimiento tan claro, sensibilidad tan en vivo como los de «Clarín» habían de ser atraídos casi por necesidad por el inmenso campo de la filosofía, pero la misma intranquilidad de su alma, su enorme actividad requerida por distintos llamamiento, transportábanle de aquí para allí sin concederle el sosiego imprescindible en las meditaciones filosóficas.

Pero donde, como es bien sabido, sobresalió la obra consumada por «Clarín», ganando laureles inmarcesibles su ingenio, poniendo de relieve su extensa cultura, causando el pánico, desbrozando a conciencia, excediéndose, a las veces, en la acritud, no dejando títeres con cabeza—

(1) Obra citada, páginas 195 y 196.

cuando eran títeres—pecando involuntariamente—según creo—de injusto en más de una ocasión y dando vía libre a su arrolladora sátira y a su nortea ironía, fué en los numerosos escritos de crítica con los que enalteció a este ingrato género literario en la segunda mitad del siglo XIX.

Muy versado en las civilizaciones griega y romana, conocedor con detalle de la mitología, estudioso de la gramática, aficionado a la filología, aunque no fué maestro en ella, desenvuelto en el empleo del lenguaje, consiguió «Clarín» desde el principio de su labor crítica ser un escritor correcto que sin llegar al logro de una forma primorosa—acaso no se propusiera nunca conseguirla—, supo adecuarla a los géneros literarios que cultivó, sirviéndole de vehículo para que el lector pueda gustar con agrado las proyecciones que con frecuencia hace «Clarín» de sus conocimientos del mundo clásico y las excursiones que alguna vez hizo por los parajes que la imaginación convirtió en reinos de los dioses.

Sin haber ahondado en los clásicos españoles, pero habiéndolos leído en suma no escasa, más con anhelo de gustar sus obras que de examinarlos con la tenacidad del erudito, reforzó «Clarín» el buen juicio que para el crítico literario es indispensable y aguzó el buen gusto sin el que se hace imposible juzgar con acierto a las obras del arte. La circunstancia de ser un atento espectador de las manifestaciones culturales de la Europa que en ella habían ganado la hegemonía, alzó a «Clarín» sobre la mayoría de los críticos de su tiempo, situándole muy cerca, aunque parezca muy lejano, de don Juan Valera, ganando a éste en derrochado ingenio lo que Valera le ganaba en medida y prudencia y en gracejo suave, siendo uno y otro ejemplos bien representativos de sus tierras respectivas: la gracia risueña, la ironía moderada, la reprensión amable suelen ser inseparables de las censuras adversas de Valera, optimista como las sugerencias del ambiente andaluz; el ingenio despiadadamente burlón, la sátira que hace sangre, la reprimenda ágría brotan de la pluma de «Clarín», si la mueve malhumorado, presentándose desabrido e inhóspito como en muchos meses del año el clima del norte y en muchos años del siglo los pobladores norteaños, cuyos caracteres suelen ser secos en la misma proporción que húmedo su clima, sin que por dejar de ser secos algunos, dejen de ser regulares en la intención, si por regular debe entenderse lo más propíncuo a malo.

A «Clarín» como crítico se le ha juzgado, por lo general, con injusticia, contribuyendo además la labor crítica del pensador asturiano a producir en muchos un movimiento de rencor, un apetito de venganza que les impulsaban a agazaparse con las uñas afiladas para saltar ágiles contra todo lo que hiciera «Clarín» con el propósito de desgarrar la obra entera de éste.

Verdad es que el que siembra vientos, recoge tempestades, pero aun siendo así, hay que lamentar que la agresividad de Alas recibiera, en pago de los que daba, tan entusiastas denuestos de los que zaheridos por la ironía y aun a veces por la destemplanza de «Clarín», trataban, con griterío insolente, de entregar los trabajos de su enemigo al silencio en lo futuro.

«Clarín» fué violentamente combatido en vida, después de su muerte se ha ido haciendo en su torno el olvido», afirma *Azorín*, que en el mismo lugar dice con razón también: «En los días en que Alas vivió el máximum de incomprensión le marca el P. Blanco García en ciertas páginas—verdaderamente lamentables—de su *Historia de la literatura española contemporánea*» (1).

La incomprensión del P. Blanco García puesta de manifiesto a través de unas descorteses palabras, que, tanto por consideración a su autor como por respeto a la memoria de «Clarín», no trasladaré a estas líneas, fué debida, en mi opinión, al mediano gusto que en sus críticas tiene el laborioso agustino y al enfado que en el buen monje hubieron de ocasionar algunos atrevimientos de «Clarín» al escribir del P. Blanco García y de su hermano en la Orden de San Agustín el P. Muiños. En las *Rapsodias* en que Alas arremete sin piedad contra el P. Muiños, no deja del todo mal librado al P. Blanco García, ya que dice «...tal vez el mismo P. Blanco García, que no tiene gusto, pero es prudente, estudioso, juicioso...» (2). Mas en otro lugar escribe que el P. Blanco García es «injusto, envidioso y vengativo historiador» (3).

La violencia con que Alas acometía a los que, con sobrados motivos algunas veces, elegía como blanco de sus disparos, obligóle a sostener disputas con varios escritores, cruzándose improperios con Bonafoux (4)

(1) «Azorín. Clásicos y modernos. Madrid... 1913», pág. 68.

(2) «Madrid 1894. Palique por Leopoldo Alas «Clarín», pág. 262.

(3) Obra citada en la nota anterior, pág. xxx, refiriéndose también al P. Blanco García en la xxviii y en las de la 263 a la 274 del mismo libro en el artículo titulado «Entre faldas». El P. Blanco García alude y trata de don Leopoldo Alas en varias páginas de su obra «La literatura española en el siglo XIX...», como puede ver el lector en las 546 y 547 y, en forma envenenada, en la 604, todas ellas de la parte segunda de la tercera edición publicada en Madrid en 1910. En un folleto: «Martingalas de Martinete. La autopsia de «Clarín». Madrid... 1895» en el que se ataca por el procedimiento de ¡duro y a la cabeza! a don Leopoldo, aprovechando la coyuntura del infortunado estreno de «Teresa» en el Teatro Español, de Madrid, en la noche del 20 de marzo del 1895, se reproducen las frases del P. Blanco García contenidas en la página 604 de la edición y parte citadas.

(4) Si no estoy mal informado, fué durante algún tiempo director de minas en Santander. «Todo lo que Bonafoux puede decir de mis obras, erigiéndose en crítico de ellas, me tiene sin cuidado; y en la absoluta sinceridad con que digo esto creerán cuantos me conozcan un poco, y el mismo Aramis—seudónimo de Bonafoux—acaso; para mí es un axioma que el tal Bonafoux no es de la clase de seres capaces de juzgar o entender siquiera lo que yo escribo. Por esta parte sus censuras me producen el

y con don Emilio Bobadilla (*Fray Candil*). Con el último se batió «Clarín», interviniendo como padrino de éste Palacio Valdés, que estuvo a punto de tener que tomar la espada de su amigo, pues ya en el terreno, «Clarín», alegando que era zurdo, insinuó, nada más que insinuar una ligera resistencia a batirse» (1), decidiéndose don Armando a sustituirle en el singular combate, pero Alas reaccionó, cumpliendo su papel en el duelo, y resultando herido, si recuerdo bien en este momento.

El autor de *Pipá* quería justificarse, indudablemente, de su dureza, echándola a la mejor parte, al tratar de presentarla como exigida por la justicia y por la imparcialidad. «Sigo pensando—escribió «Clarín»—que uno de los mayores males de nuestra vida literaria actual es la benevolencia excesiva de la crítica: huyo de ella siempre, y esa benevolencia me persigue, me invade, quiere imponérseme; parece un ambiente que no hay más remedio que respirar si no se quiere morir. Pues estos folletos son un parapeto para defenderme de los ataques de la benevolencia: quiero ser justo, quiero ser franco, quiero ser imparcial; nunca he aspirado a otros méritos en mis humildes trabajos de revistero literario, como con justicia me llama un pobre diablo mi enemigo, y ¿porqué perder esta única cualidad buena? Que me llaman cruel, duro, implacable, apasionado, algunos espíritus blandos y perezosos que acaso me quieren bien, ¿qué importa? Más razón tienen los que dicen que debo seguir los impulsos de mi temperamento. Sí, esto quiero, a esto me decido. Si de aquí puede nacer alguna sorpresa para algún lector, quizá para algún autor, en buena hora; todo menos torcerme, todo menos decir lo que no siento...» (2). Aunque «Clarín»—juez y parte—en las precedentes líneas peca de inexacto en cuanto a lo que es objetivo en sus críticas, deben aquéllas ser muy tenidas en cuenta, ya que, siendo Alas esencialmente sincero, indican que el tono desenfadado y la crueldad de ellas no eran buscados de propósito por «Clarín», sino impuestos al mismo por el imperativo de su temperamento, al que luego me referiré.

Explica el ingenioso asturiano el por qué de los lunares que en la elocución de sus escritos se notan algunas veces: «Cuántas veces, por cumplir un compromiso, por entregar a tiempo la obra del jornalero, acabada, me sorprende en la ingrata faena de hacerme inferior a mi mismo, de escribir peor que sé, de decir lo que sé que no vale nada, que

mismo efecto que me produjeran las de los toros de Guisando si pudieran escribir artículos». «Folletos literarios. IV. Mis plagios. Un discurso de Núñez de Arce, por «Clarín» (Leopoldo Alas) Madrid... 1888» página II. En el mismo folleto deshace Alas, vapuleando a más y mejor a Bonafoux, las gratuitas suposiciones que hizo éste respecto de la originalidad de *La Regenta*, *Pipá* y *Zurita*.

(1) Obra citada en la nota primera, pág. 90.

(2) «Folletos literarios, I. Un viaje a Madrid... 1886», página 8.

no importa, que sólo sirve para llenar un hueco y justificar un salario» (1).

El estilo de sus estudio críticos y el método que en ellos sigue son declarados por él mismo de esta manera: «Lo que no haré será ceñir mis trabajos de crítica a la forma clásica del artículo doctrinal, seriote y cachazudo en que muchos entienden se ha de encerrar siempre el que censura: ¡No en mis días! «Lealtad y amenidad», este es mi lema; la lealtad depende de mi albedrío; la amenidad no, pero sí el procurarla...» (2).

En el *Prefacio a manera de sinfonía de Solos de Clarín*, refiérese también a su imparcialidad y a su enemiga al elogio inmotivado: «...Aquí verán Vds. una imparcialidad a prueba de bombo; a nadie se adula ni se le quitan motas y en cambio a cuantos poetas chirles Dios crió y crió muchos, El, en su alta sabiduría sabrá por qué, se les dice cuántas son cinco, y otra porción de verdades matemáticas.

...En Madrid, la sociedad de los literatos, no debiera llamarse república de las letras, sino «La Unión», sociedad de seguros mutuos contra críticos: aquí todos somos eminentes y la gramática no parece.

Oponerse a esta corriente de benevolencia universal es un acto de valor—y no lo digo por alabarme—tan grande como el de aquel héroe romano—creo que era romano—el cual se puso en mitad de un puente para contener él solo a todo un ejército. Yo no estoy solo, algunos amigos me ayudan en la tarea de llamar gato al gato; pero aún somos muy pocos en comparación con la falange de críticos y gacetilleros que descubren todos los días un genio al volver de una esquina o de un Ateneo.

Creer que se va a dominar la influencia de estos seráficos gacetilleros y críticos, sería una ilusión pueril, extraña en quien lleva cinco o seis años de rudo batallar contra el parche; hasta ahora el bombo ha apagado la voz de mi ronco clarín, y es de esperar que en adelante suceda lo mismo; pero yo, mientras pueda, seguiré sopla que soplarás, hasta perder el último aliento...» (3).

Al despecho, a la envidia, a la soberbia, al ánimo del libelista, al afán de ganar fácilmente nombre merced a la estridencia, al rencor del sectario, al influjo de la bilis y también al de la debilidad corporal de «Clarín», se ha querido por unos y por otros, y en total por muchos, atribuir el tono acre y mordaz del agudo crítico ovetense. La impiedad de Alas para algunos de los escritores afamados por sus coetáneos y para muchos de los noveles de su tiempo es obvia.

(1) «Folletos literarios. II. Cánovas y su tiempo (primera parte)... Madrid... 1887» págs. 14 y 15.

(2) Folleto citado en la nota 15, página 12.

(3) «Leopoldo Alas. Solos de «Clarín». Con un prólogo de don José Echegaray, Madrid...», página 10. El libro está dedicado al mismo prologuista, nombrándole como autor de «El Gran Galeoto.» A fuer de sincero debo hacer constar que tengo al tal prólogo por uno de los más insulsos, chabacanos y pedestres que hayan salido de mollera alguna.

En un obra escrita en colaboración con Palacio Valdés, en *La literatura en 1881*, los trabajos de «Clarín», sobre todo elogio ingeniosísimos, adolecen de crudeza excesiva y son, al menos por extremosos, injustos. En uno de ellos, cuyo epígrafe es *Grilus vastatrix*, se lee: «Hace muchos años que vengo sosteniendo, con un valor de que nunca me alabaré bastante, que don Antonio Fernández Grilo es un poeta tan malo, que si no hubiera Velardes en el mundo, podría pasar por el peor poeta.

Pero aunque Velarde sea peor todavía, no importa; bastante malo puede ser Grilo, a pesar de eso. Que en cuestión de versos el mal es infinito...» (1). Y en *Madrileña*: «...Sin embargo, no es Pina el peor poeta posible; quien quiera que sea el autor de *El Barbero por la Patti*, es mucho peor que Pina Domínguez...» (2). En el mismo folleto, entre otras despiadadas sátiras—por dar un ejemplo más, la titulada *Un tomo de tomo y lomo*—hay una llamada *Catalinaria* en la que con motivo de la recepción en la Academia de don Mariano Catalina apalea a más y mejor a la Academia en general y a algunos académicos en particular, especialmente a don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe—a quien recuerda también humorísticamente en la parte de la obra citada en la nota anterior—y a Cañete, de quien hace una graciosa burla en *Apolo en Pafos* (3), folleto en el que desfilan a varios compañeros de Cañete en la Academia, dedicando chanzas a algunos como el conde de Cheste, Balaguer, don Alejandro Pidal y Mon, su hermano el marqués de Pidal y otros.

En *El Cascabel* y en *El Solfeo*, en los que colaboró Alas con el seudónimo de *Zoilito*, en *El Globo*, *Madrid Cómico*, *La Ilustración Ibérica*, *Revista Europea*, *El Imparcial* y en otras publicaciones de su tiempo, hállanse producciones de «Clarín» que, en más o menos, paten-tizan los caracteres de su crítica a que me vengo refiriendo.

Señálanse como alifafes de la labor crítica de don Leopoldo G. Alas, la inclemencia para los principiantes y la blandura para los amigos, así como también la lisonja incondicional para varios próceres de las letras. Cuanto a lo primero hay que admitirlo casi en absoluto, mas tal rigor no deja de ser provechoso y conviene cuando la crítica, como en general la española, cede en los homenajes a motivos muy distanciados de los que la justicia, aun dulcificada por la benevolencia, pueda hacer suyos. Tratar de librar a la sociedad de insípidos asalariados de la literatura, aspirantes a vividores de ella por la osadía en los ensayos, por las tretas

(1) «Palacio y Alas. *La literatura en 1881*. Madrid... 1882», pág. 93.

(2) De la obra consignada en la nota anterior, págs. 99 y 100.

(3) Páginas 19 y varias siguientes. En los *Lunes de El Imparcial* publicó «Clarín» dos largos estudios sobre las poesías de Balart.

del tan español caciquismo, por la utilización de la influencia social propia o ajena o por la explotación de una posición propicia para ello— como ser periodista, político o interesado mecenas, v. g.—es empresa que, aun pagando justos por pecadores, merece ser iniciada y proseguida para llegar al exterminio de los paniaguados inútiles, tan nocivos en lo económico como trapaceros y serviles en lo moral.

La lenidad al juzgar a los amigos es una de las más justificables blanduras, pues en la tal operación, de no abstenerse, la parcialidad ha de hacer de las suyas o la amistad no es lo que ser debe.

La loa constante a los consagrados solo cuando sea aduladora e inoportuna podrá ser tachada de interesada y perniciosa, y, a fe, que en muy escasos momentos parece «Clarín» cultivador del ditirambo sin peros.

Se ha dicho que fué «Clarín» injusto con los escritores de filiación política derechista y con los que a banderas desplegadas profesaban con devoción la Religión Católica. Ciertamente es que fué duro con algunos personajes de la política liberal conservadora y con publicaciones católicas—como *El Siglo Futuro*, por ejemplo—, pero no faltan en las obras de «Clarín» juicios ensalzadores para autores de tendencias filosóficas, políticas y literarias muy apartadas de las opiniones de Alas en las indicadas materias. Pecó alguna vez por ligereza, algo influiría en él—como, por lo común, en todo hombre—la afinidad o repulsión de su ideología con la de los publicistas a los que criticaba, mas no fué negador absoluto de los méritos de sus contrarios, y de algunos de éstos recibió agravios tan desconsiderados como los que él infirió, con la diferencia de que suele faltar en sus enemigos la facecia de que «Clarín», sin alardear de ella, hizo gala en sus escritos tan naturales y espontáneos.

«Clarín» no sabía tomar apuntes ni bosquejar en el papel sus creaciones y mucho menos prepararlas y escribirlas en espera de una ocasión de publicarlas. Maduraba todo en su pensamiento, y cuando estaba en sazón, brotaba con la fácil espontaneidad con que el agua mana de una fuente cristalina... Almacenaba todo en su cerebro extraordinario, lo utilizaba todo cuando la inspiración febril casi se lo pedía o se lo imponía. Lo de escribir a diario, como tarea regular, las cuartillas de la jornada era cosa que no podía proponérsela Alas. Tenía que estar el horno para bollos, era preciso que el espíritu le apurase, que la creación llegase al momento culminante solicitando vida» (1).

La espontaneidad de «Clarín» se reflejaba de modo inequívoco en sus discursos y conferencias; con relación a las últimas ha escrito Posada:

(1) «Escritos inéditos de «Clarín», por Adolfo Posada», artículo publicado en *La Lectura*, número 71 del año VI, correspondiente a noviembre del 1906, página 214.

«No las preparaba, las pensaba, y siempre resultaban improvisadas, porque no podía pensar dos veces de la misma manera el mismo asunto, y menos relatar lo pensado antes; tenía que pensarlo al decirlo, improvisándolo, haciendo gozar al auditorio con el espectáculo de un espíritu sincero y espontáneo, que se exterioriza sin afeites ni artificios. De ahí el inmenso atractivo que tenía la oratoria de Leopoldo (que no era *orador*?). Aparte el ingenio—era «Clarín» siempre—, el encanto de sus discursos estaba en la intensidad con que discurría y en el arte soberano de vencer las dificultades para decir en un lenguaje irreprochable las cosas más intrincadas, exquisitas, agudas» (1).

«Hablaba—«Clarín»—con palabra incisiva, cortada, titubeante; ponía un inciso dentro de otro inciso, y luego éste dentro de uno más amplio; hacía reservas, distingos y salvedades. Su pensamiento—lleno de idealidad y de sabor—marchaba sesgo, deteniéndose aquí, ladeándose allá, volviendo después a la vereda recta... En resumen, no era un orador; era un hombre que pensaba en voz alta...» (2).

A los calificativos de envidioso y soberbio que se le aplicaron, contesta «Clarín», negando la razón del primero y explicando el segundo: «Así como a Sagasta le pintan con un tupé que no tiene (porque el que tiene es otro), a mí siempre me pintan mordiéndome el rabo, déjenme ustedes concluir, como una culebra de esas que representan la eternidad.

En una palabra, que dicen que yo soy todo envidia, y que por no tener ya que morder, me muerdo a mí mismo.

Calumnia. No sé lo que es envidia.

Será orgullo o buen natural o todo mezclado (vaya usted a saber), pero el resultado es que yo no envidio a nadie, ni a Cañete, que nunca come en casa (come en los Cisnes, le he visto yo muchas veces)...

Para que no haya envidia conviene que se propague la vanidad y el orgullo. El vanidoso no envidia, porque en toda envidia va implícita una comparación, y la que establece el vanidoso siempre es ventajosa para él.

El orgullo no compara siquiera.

De todo lo cual resulta, o, si no de eso, de otra cosa, pero en fin, resulta que yo no tengo envidia a nadie, como se me ha dicho hasta en anónimos. Ciertamente es que el verso malo y la prosa mala no me gustan y hablo pestes de los autores detestables... Pero eso mismo prueba que no tengo envidia. Los envidiosos son los que hablan mal de lo bueno» (3).

(1) Artículo y página señalados en la nota anterior.

(2) «Obras completas de Azorín. Tomo XIX. El paisaje de España visto por los españoles», pág. 68.

(3) «...Sermón perdido, por «Clarín» (Leopoldo Alas). (Crítica y sátira). Madrid... 1885» páginas 102 y 103.

Las orientaciones políticas y religiosas de Alas sí influyeron algo y aun algo en sus obras literarias—y, desde luego, en las críticas—, pero no le impidieron reconocer—aunque a veces no desde el principio—los méritos de escritores—como Pereda y el autor de los *Ripios*—muy separados en lo político de «Clarín».

Las críticas de Alas no tienen pretensiones de eruditas, sin embargo, en muchas de ellas, como quien no quiere, es la pluma de «Clarín» muy vecina de la erudición, lo que explican fácilmente la vasta lectura y la gran memoria del autor. «Yo con mis «Paliques» no me meto a descubrir nada, ni pretendo rozarme con los verdaderos eruditos; y en cambio tengo la pretensión de predicar el buen gusto y la lealtad y la franqueza en la crítica...» (1).

«Leopoldo Alas, visto ahora a la distancia que ha transcurrido desde su muerte, se nos aparece como destacándose considerablemente de sus coetáneos» (2).

Entre los escritores contemporáneos de «Clarín» que gozaron de fama en su tiempo, es Alas de los más «futuristas», hasta el punto que bien podría tomársele por su modo de escribir y de juzgar por un autor de nuestros días si bien «mejorando lo presente» en general.

Don Leopoldo Alas y don Ángel Ganivet son dos de los autores más interesantes entre los formados en la segunda mitad del siglo xix. Uno y otro son españoles por su espíritu indudablemente, mas ambos fueron españoles de Europa, lo que antaño no era frecuente ni aun entre los más sabios escritores que miraran allende las fronteras. Tal vez no sea un título de ensalzamiento la «europeización» de Alas, aunque evidentemente lo sea su preocupación por lo extranjero, mayormente cuando lo de fuera superaba a lo interno, pero merced a ella elevó en mucho la orientación de la crítica española.

Si alguien quisiera buscar la explicación de la falta de comedimiento que a simple vista puede contemplarse en la producción crítica de «Clarín», hallaríala, y de no hallarla yerro yo mucho, en lo que el famoso maestro ovetense llamó *nervios del alma*. Dañados los nervios de Alas por una debilidad que suele coincidir con la fortaleza del espíritu o, cuando menos, de las manifestaciones egregias del entendimiento y, sobre todo, de la imaginación, rechazaban las advertencias de la prudencia y de la templanza, corriendo el riesgo de desobedecer los mandatos de la justicia. No era él sereno quien pegaba aquí y daba fuerte allí en cuanto tomaba la pluma, era la excitación que le inspiraba, los nervios que le hacían correr, la vehemencia de su ánimo los que se adue-

(1) «Folletos literarios. VII. Museum... Julio 1890...» pág. 12.

(2) «Azorín. Clásicos y modernos. Madrid... 1913», pág. 86.

ñaban de él y en aras de una justicia, bien intencionada pero equivocada y, por ende, no justicia guiaban su imaginación y su ingenio hacia agresiones —muchas veces legítimas— demasiado crueles. Faltos de gracejo, privados de humorismo hubieran sido algunos de los juicios de «Clarín» licencias vituperables aledañas de la procacidad, pero expresados con donaire y con acierto en las palabras, lo brusco aparece dominado por el ingenio de tal guisa que desaparece de la vista el ataque para dejar ver con delectación el humor, el denuedo y la gracia del que ataca.

Temperamentos como el de «Clarín», francos, valientes hasta el heroísmo, cultivados entre los campos atrayentes del arte y los menos gratos del vivir entre la gente adocenada que por doquiera sale al paso y, lo que es peor, llega al oído, son provechosos, y aún indispensables en la vida social y, con mayores ventaja y necesidad, en las funciones de la crítica. Contra los esfuerzos de los asechosos, para denuncia de los vacuos, para ahuyentar a los majagranzas que construyen críticas soporíferas, para advertencia de los lectores fáciles a dar por buenos los elogios de los críticos a tanto el bombo (pagadero el tanto en dinero, en especies o de otro modo, cuando no satisfecho el precio anticipadamente), para castigo y corrección—si ésta fuere posible—de los que, puedas o no puedas, se obstinan en dar a los tipógrafos trabajo distinto del de la composición de las tarjetas de visita o la de documentos de análoga entidad, para purificar por esto y por lo otro el ambiente literario, son necesarios los escritores de la vena de «Clarín», ya que sus excesos serán reducidos convenientemente por la crítica imparcial y sus verdades reducirán las loas excesivas de los que toman el incensario en un dos por tres si les conviene.

Varones como don Leopoldo G. Alas, como nuestro don Víctor Fernández Llera, dispuestos a pedir en pleno dominio sus verdades al asendereado barquero, son de menester para temor de los mendaces y para que haya contraste en la sociedad humana tan desafecta, y hasta vengativa, para la verdad.

Con referencia a los cortesanos escribió el célebre Obispo de Mondoñedo: «Entre los famosos trabajos que en las cortes de los Príncipes se pasan, es que ninguno que allí reside puede bivar sin aborrescer o ser aborrescido, perseguir o ser perseguido, tener embidia o ser embidiado, murmurar o ser murmurado; porque allí a muchos quitan la gorra que les querrían más quitar la cabeza» (1).

Lo que don fray Antonio de Guevara dejó dicho, es aplicable a las

(1) «Clásicos castellanos. Fr. Antonio de Guevara. Menosprecio de corte y alabanza de aldea... Madrid. Ediciones de «La Lectura» 1915», pág. 203.

cortes de las letras, y si así es el bregar, simulación es el disfraz de lo cruel de la lucha, mereciendo plácemes, al fin y a la postre, los que como luchadores prefieren el camino derecho que las vueltas y revueltas de un laberinto en el que el encomio se hace trizas con las salvedades y distinguos o, en el caso más claro, con la frecuencia de enaltecimientos semejantes a las medianías afortunadas.

Murió «Clarín» cuando estaba en condiciones excelentes para haber continuado su preclara obra. «Murió... y en su «Vetusta», por él inmortalizada, fué aquel un día de duelo popular. «Clarín» era el espíritu vivificador de «Vetusta» renovada; y aun los que le temían sentían lo que perdíamos perdiéndole.

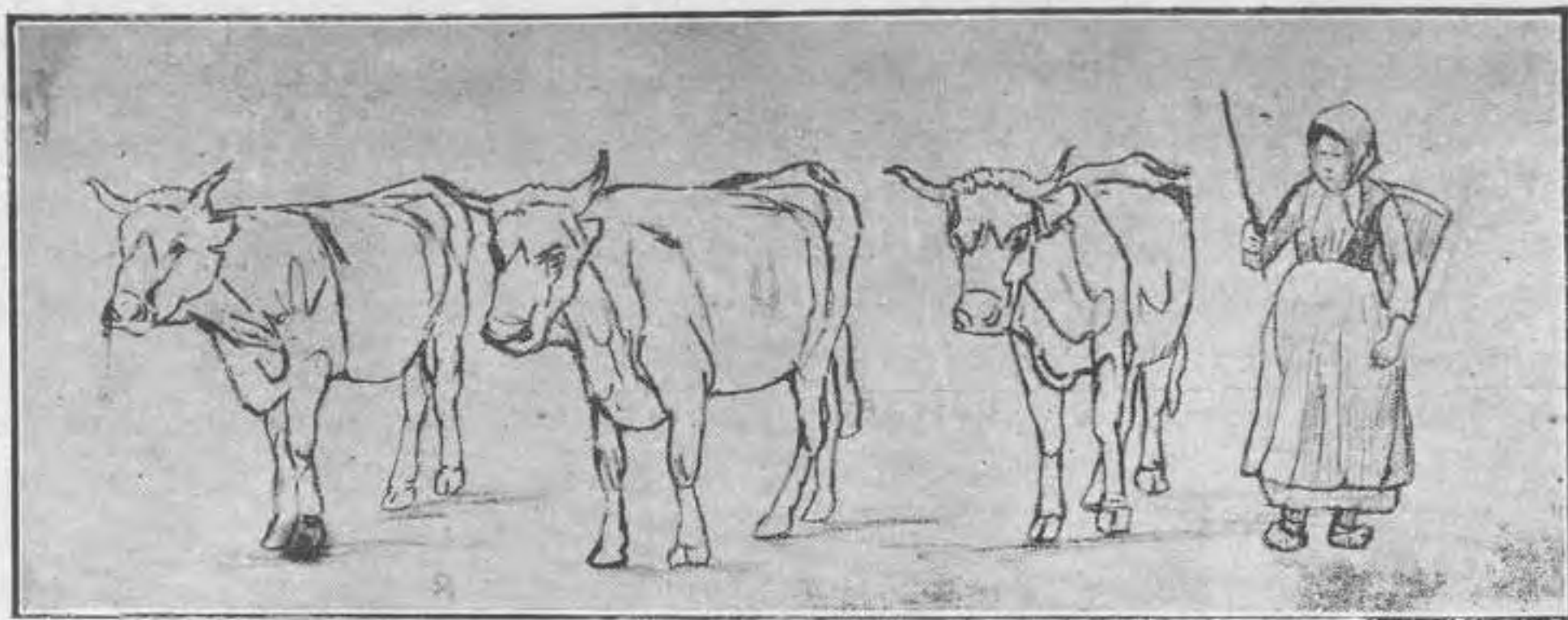
«Vetusta» vistióse de luto, como en tantos días grises oscuros de *La Regenta*; nublado el cielo, tristísimo a la vez que suave y profundamente melancólico, brindaba el ambiente al recogimiento y a la intimidad; y en esa atmósfera, y bajo su influjo, nos movíamos en silencio, casi sin hablarnos, al preparar el último homenaje al cuerpo muerto del amigo maestro.

Momento inolvidable aquél en que levantamos su féretro, como de un niño, para conducirlo en hombros por las calles de Oviedo a la morada universitaria, tan suya, en la que Alas viviera acaso lo mejor de su vida, y a la que diera no pocos de los más sazonados frutos de su espíritu» (2).

Al casino de «Vetusta» íbamos algún que otro día, en los que por razón de los exámenes estábamos en Oviedo, el malogrado Pepe Ciria y yo para evocar el recuerdo de «Clarín». Cúpole a mi inolvidable camarada, como secretario de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid —en cuya casa hospitalaría velé su cadáver—, participar en un homenaje al autor de los *Paliques*, ahora soy yo, y yo solo, quien, al pretender ofrendar este misérrimo trabajo a la memoria de «Clarín», evoco al literato asturiano ínclito juntamente con el malogrado literato santanderino, robado a la vida cuando daba motivo para los auspicios más halagadores y sólidamente fundados.

JOSÉ MARÍA G. RODRÍGUEZ-ALCALDE

(2) «Adolfo Posada. España en crisis...» págs. 186 y 187. Azorín ha trazado a grandes rasgos este retrato de Alas: «Clarín era un hombre bajo, menudo, nervioso; llevaba una barba revuelta, como mesada en las horas de lectura y meditación, febril e instintivamente» en «El paisaje español...» pág. 67. Fué Alas concejal de Oviedo, como recuerda en sus «Ensayos y revistas» pág. 107.



AGUSTÍN RIANCHO

PINTOR MONTAÑÉS

(Continuación)

V

Tres años permaneció Riancho en Amberes, al cabo de los cuales, aquellos buenos santanderinos que tan a pechos habían tomado la empresa de sacar adelante al joven artista, inquirieron de su maestro si podría ganarse honradamente la vida con sus pinceles. Recibida la contestación afirmativa, Riancho fué abandonado a sus propios recursos y dejado en libertad para vivir donde quisiera.

El mozo de Entrambasmestas, con el don de adaptación que tienen todos los de su casta, se encontraba ya en Bélgica o en las Ardenas, donde pasó algunas temporadas, como en su propio elemento. (Con no menos aplomo brujuleaban por las calles de Burdeos o de Toulouse otros paisanos suyos, compañeros de correrías en la aldea, con el bombo de los barquillos a la espalda). Su firma iba ya siendo conocida entre los traficantes de cuadros, y no le era difícil encontrar los recursos necesarios para vivir sin estrechez y para seguir estudiando.

Dejó Riancho a Amberes, donde en torno a Leys se habían encastillado los últimos románticos, y trasladóse a Bruselas, sede de la «Sociedad libre de Bellas Artes», palpitante aún con el recuerdo de Courbet,

«el pintor comunista. ¿Qué años estuvo en la capital de Bélgica, conviviendo con los más ilustres pintores belgas del pasado siglo y ganándose la vida en honrosa competencia con ellos? De 1863 a 1881 según nuestro cómputo.

Durante ellos envió algunos cuadros a la Exposición Nacional que periódicamente se celebraba en Madrid. En 1866 remitió dos paisajes que también figuraron en una exposición celebrada en Santander. En la de 1871 (memorable por haberse exhibido en ella *La muerte de Lucrecia* de Rosales) presentó una vista de Namur y otra del valle de Hermetton.

Por aquel tiempo ocurrió un acontecimiento de gran transcendencia para la vida artística de Riancho. Uno de los más grandes pintores franceses del siglo XIX, Camilo Corot, expuso algunos de sus magistrales cuadros en Bruselas. La impresión que esta pintura, clara y luminosa, produjo en Riancho se refleja en una carta que muchos años después escribió en Entrambas-

mestas.

«En Bruselas (dice el artista) se celebró hará cosa de 50 años, poco más o menos, una Exposición universal; yo me hallaba entonces en esa ciudad, viendo del producto de mis pinceles, y envié dos cuadritos. Corot expuso unos paisajes que la comisión de colocación arrimó por aquí y por allí a un montón de cuadros de todo género, muy monótonos. Este hecho dió el resultado que se esperaba, y el mundo artístico de entonces admiró aquellos ramos de flores por algún tiempo. La lección fué de provecho para la mayoría que veíamos negro...»



Cascada, 1906, (Propiedad de don Luis G. Rozas)



Y no se equivocaba en su apreciación: Riancho veía entonces negro, y tardó muchos años aún en ver claro, o por lo menos, en expresarse con claridad. Los cuadros que conocemos de él anteriores a 1900 no solo confirman la autocrítica, sino que muestran lo lentamente que evolucionó y lo mucho que le costó olvidar los prejuicios adquiridos en su juventud.

Riancho llegó a hacerse un hueco en el mundo artístico bruselense. Un comerciante inglés firmó con él un contrato por el cual se obligaba a pagarle una pensión mensual a cambio de cierto número de cuadros libremente escogidos por el adquirente. He aquí una situación ideal para un artista como Riancho, sen-

cillo en sus costumbres y modesto en sus aspiraciones. Disponer de una cantidad fija para vivir sin apremios ni estrecheces, y de todo el tiempo y toda la libertad necesarios para entregarse con cuerpo y alma al estudio y al cultivo del arte: seguramente que nunca soñó con nada más apetecible el pintor montañés.

Si los acontecimientos de la vida de los artistas obedecieran a las leyes de la lógica, Riancho, en vez de vivir veintiuno o veintidós años en Bélgica, país hospitalario donde las actividades artísticas hallan siempre buena acogida, hubiera vivido sesenta y seis, y sus huesos reposarían hoy en la misma tierra que los de Rubens y los de Jordaens.

Pero Riancho era artista y además (y esto es lo más grave) era montañés. La primera condición le exceptuaba de la lógica al uso, y la segunda le imposibilitaba para una expatriación definitiva.

Sabido es que los montañeses están sujetos a la influencia de dos fuerzas: una centrífuga que los lanza en los años mozos fuera de su tierra para buscar fortuna en Andalucía, en Francia o en América, y otra centrípeta, más tarde, que los atrae con fuerza irresistible hacia el lugar de donde salieron.

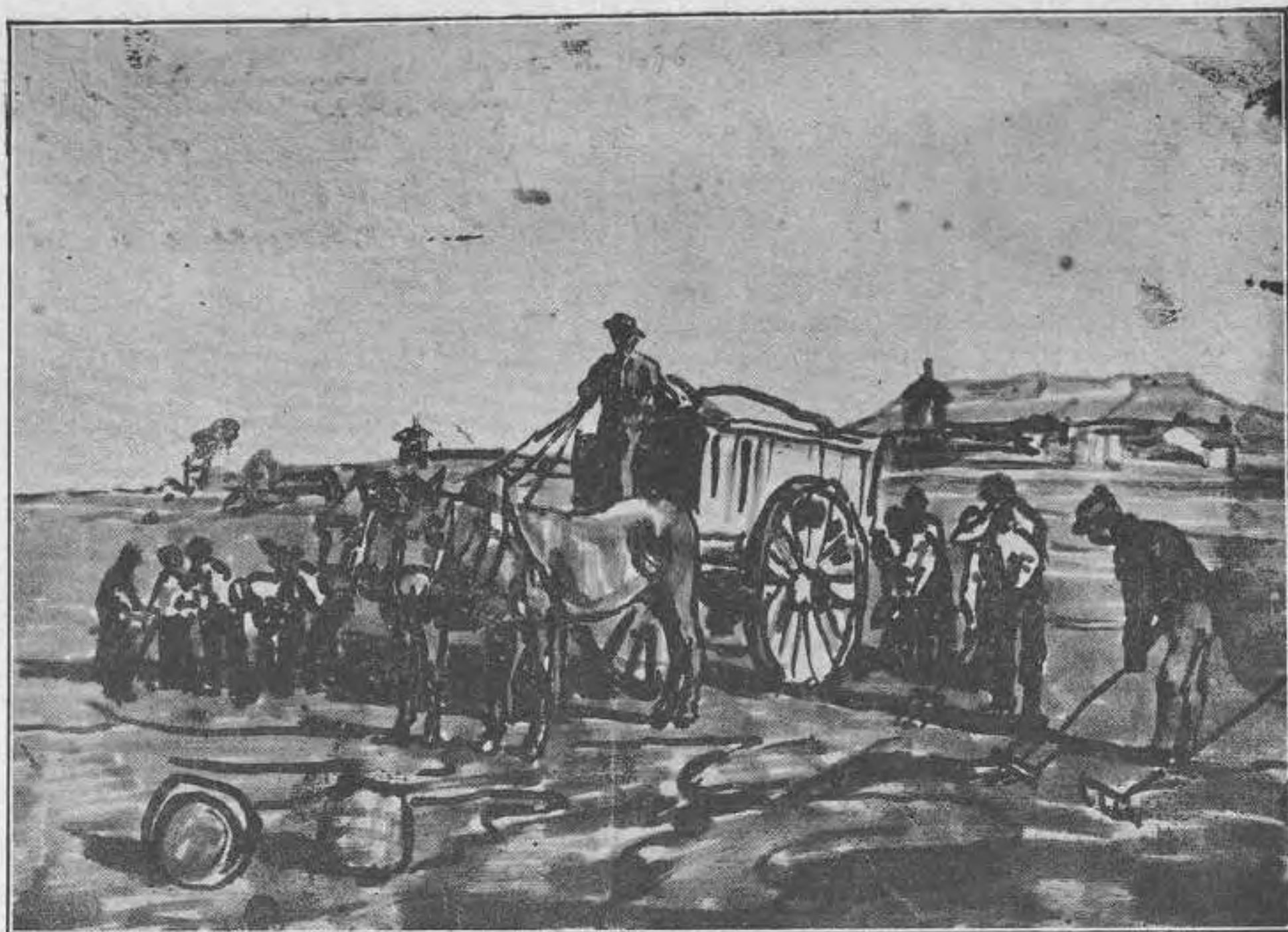
Riancho a los cuarenta años se sintió fuertemente impelido hacia aquella dulce tierra donde nació, a la que no había vuelto a ver desde sus años juveniles, y que a sus ojos de expatriado se presentaba más amable y encantadora que nunca. Recordó, desde las orillas del Escal-

da, las umbrías márgenes del río Luena, los viejos y fuertes robledales donde la luz del sol penetra tamizada, los espumosos torrentes de la montaña, los jugosos verdes de los prados, los sombríos tonos de los árboles... y pensó que en ninguna parte encontraría asuntos más dignos ni más bellos para sus pinceles.

Un nuevo motivo, de distinto orden, precipitó su vuelta a España. Parece ser, según contaba el viejo pintor, que el comerciante inglés de quien antes hicimos mención, cautivado no solo por el arte del montañés, sino también por su persona, cuyas prendas eran estimabilísimas, mostró gran empeño en casarle con su hija. Riancho, espejo de hidalgos, veíase en un duro aprieto, pues ni el enlace le acomodada ni se atrevía a responder a la invitación con una negativa rotunda y descortés. Dilataba la contestación cuanto podía, pero apremiado por el inglés, acordó poner tierra por medio y emprender su viaje a España. Embarcóse una mañana en Amberes con destino a un puerto francés. En cuanto se vió en pleno mar, respiró con desahogo; había recobrado su libertad que por un exceso de delicadeza vió por algún tiempo amenazada. Una pequeña contrariedad turbó, sin embargo, su alegría; con la precipitación de la marcha apenas había tenido tiempo de arreglar sus asuntos, y menos



Alisos, 1910. (Propiedad de don Luis G. Rozas)



aún de visitar al inglés para liquidar cuentas; en el momento de pagar el pasaje, vió con sobresalto que apenas tenía el dinero necesario para llegar al vecino puerto. Pero, fértil en recursos, ofreció un cuadro al capitán, quien se dió por satisfecho con aquel pago en especie.

Episodio es éste que por sus numerosos precedentes literarios induciría a la duda, si su relación no procediera de fuente tan directa y tan poco sospechosa de superchería como los labios del propio pintor.

VI

He aquí, pues, a Riancho, obedeciendo a una ley dinámica, abandonar su bienestar, pacientemente labrado durante veinte años de trabajo, y marchar de nuevo hacia un porvenir incierto.

Vuelto a España, y después de pasar algunos meses en la aldea, reviviendo emociones de la infancia, se traslada a Valladolid, a instancias de algunos parientes y paisanos de Entrambasmestas y de Sel de la Carrera que vivían en aquella ciudad. Permaneció allí cuatro o cinco años que no debieron de ser muy prósperos, pues de ellos no conservaba

sino el recuerdo de haber trabajado para un señor de Tordehumos, a cuya casa iba a pintar con frecuencia, y el de un episodio digno de la picaresca del siglo de oro español. Vivía el pintor en la ciudad castellana en compañía de unos estudiantes de la Universidad con quienes pronto se sintió unido por una amistad paternal hacia la cual le inclinaba su natural bondadoso. Terminado el curso, los estudiantes levantaron el vuelo, sin despedirse de don Agustín, y como recuerdo de la leal acogida que éste les dispensó y de la confianza sin límites con que les recibía en su habitación, se llevaron un reloj de oro del pintor, regalo del alcalde de Bruselas, y una capa española del mismo dueño. Al referir Riancho esta truhanesca hazaña, se reía y la celebraba como si se tratara de una genial ocurrencia.

Fracasado el intento de instalación en Valladolid, Riancho se trasladó a Santander, hacia 1888. En aquella época, Santander era una próspera ciudad comercial ennoblecida por una intensa vida literaria. Menéndez Pelayo, Pereda, Escalante, Ángel de los Ríos, son nombres que llenan toda una época: junto a ellos, otros dioses menores pulsaban la lira o rasgueaban las cuartillas con prosa retórica y altisonante; y todos juntos formaban una nutrida y brillante pléyade de escritores. Pero, en cambio, la vida artística de la Montaña era nula o casi nula. El único artista montañés digno de mención, Casimiro Sáinz, vivía en Madrid: los que a título de artistas eran celebrados por los literatos de la época, no pasaban de simples aficionados. Véase el libro *De Cantabria*, publicado en 1890: en él se hallará un índice de los escritores y de los artistas de aquel tiempo, y se podrá apreciar la enorme distancia que separa a los unos de los otros.



Tarde en la aldea, 1918. (Propiedad de don José Cabrero)



Riancho, después de haber logrado darse a conocer ventajosamente en tierra extranjera, vino a España y probó la amargura del desprecio y de la incompreensión. Las necesidades más perentorias de la vida le obligaron (¡quién sabe con cuánto dolor de su alma de artista!) a mercantilizar su oficio. Pintó cuadritos insustanciales, corderitos y pastores de nacimiento, con una técnica de colegial aprovechado, al gusto de la burguesía que podía permitirse el lujo de pagar tales superfluidades.

Pero aquella estúpida vida, mantenida a costa de concesiones, sonrisas forzadas y abdicación de la personalidad, no cuadraba a un hombre del temple de Riancho. Dejó a Santander sin dolor, como antes había dejado a Bruselas y marchó a refugiarse, con entrañable afecto, en su humilde rincón de Entrambasmestas. De allí salió descalzo, muchachuelo sin experiencia del mundo ni del arte, en busca de lo desconocido. Allí volvía de edad madura, pobre como salió, enriquecido solamente con un buen caudal de conocimientos. Conocía algunas grandes capitales europeas: Madrid, París, Amberes, Bruselas, donde las actividades artísticas alcanzaban gran desarrollo; había visto las obras de los más famosos pintores de la época; había recibido directamente las enseñanzas de Carlos Haes, el primer paisajista español de su tiempo, y de Francisco Lamoignon, uno de los más afamados de Bélgica, e indirectamen-





Entrambasmestas. 1918. (Pertenece al Museo Municipal de Santander)

te había aprendido muchas cosas de Corot, de Rousseau, de Verwé, de Boulanger... y con todo este tesoro de experiencia y de recuerdos corría gozoso a esconderse en la recóndita aldea de donde ya no había de salir más en su vida.

¡Singular y extraordinaria vida!

El artista que durante treinta y cinco años consecutivos vivió rodeado de gentes de su profesión y de sus gustos, de literatos, de músicos, de aficionados y de traficantes en cuadros, se acomoda ahora, en plena virilidad, a compartir el pan con su hermano (labrador como el padre) en la estrechez del hogar campesino.

Allí vivió Riancho cuarenta años en esta segunda etapa de vida aldeana, en compañía de su hermano Francisco, de su cuñada Teresa Revuelta y de sus numerosos sobrinos. Acudía diariamente al monte, provisto de su hacha que blandía con recio empuje, y volvía a casa cargado con el coloño de leña. Comía, junto al hogar, la caliente torta de maíz. En las largas tardes de invierno se sentaba en la cocina, al amor de la lumbre, y dibujaba figuras para sus cuadros, sirviéndole de modelos Francisco o Teresa, o bien refería a sus sobrinos, que le miraban atónitos, sus recuerdos de la vida bruselense. A requerimientos de los

rapaces pronunciaba algunas palabras en francés, con aquel tono campanudo que le caracterizaba.

En cuanto se veía un claro en el cielo, cogía la caja de colores y se lanzaba a andar por las estrechas gargantas o por las empinadas laderas en busca de lo que él llamaba el «paisaje primitivo», es decir, la naturaleza *al natural*, sin contaminación de ninguna especie, el paraje agreste y solitario donde su alma de artista se expansionaba y donde, según repetidas veces manifestó, quería a su muerte ser enterrado.

«Voy al monte temprano y vuelvo por la noche a casa rendido de cansancio» escribe en una de sus cartas. Y en estas andanzas, en las cuales recorría a veces muchos kilómetros, ni se acordaba de comer, ni reparaba en los peligros que le acechaban.

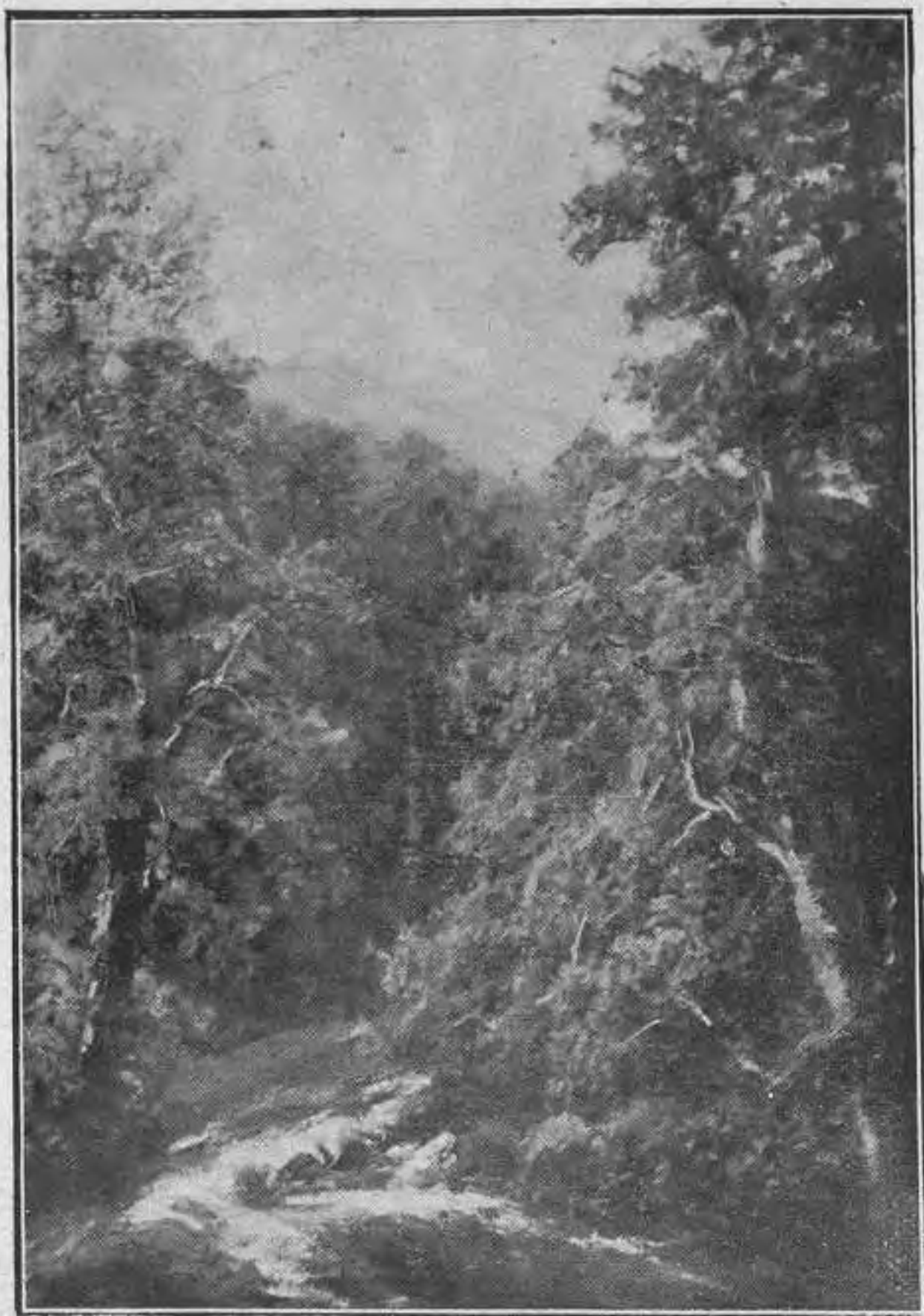
«Un día fuí a pintar cerca del somo (dice en otra carta) y en el improvisado camino que seguí hallé el esqueleto de un burro que parecía haber sido recientemente destrozado por las fieras; me quedé un instante pensativo; hay momentos en la vida del hombre que no se explican; lo natural, no teniendo armas era volver atrás, pero no fué así; seguí mi camino y al poco tiempo me hallaba pintando, no sin temor, en el fondo de una cañada, volviendo algunas veces la cabeza para ver si veía las orejas al lobo. También por allí cerca volaba un águila de grandes dimensiones».



Alameda Segunda (Propiedad de D. José M.^a Pereda)

Algunas veces le sorprendía la noche en algún lugar apartado y solitario; como los caminos eran malos y peligrosos para recorrerlos a oscuras, se enca-ramaba a la copa de un árbol y allí dormía algunas horas, arrullado por los ruidos del bosque, hasta que amanecía.

Cierto día estaba pintando en el fondo de un barranco. Era un paraje agreste, apartado de todas las rutas frecuentadas, de intrincada y selvática vegetación. Con la cabeza descubierta y los pies hundidos entre los helechos y las árgomas, pintaba, abstraído, sin reparar en nada de lo que pasaba a su alrededor. Notó, sin embargo, un roce extraño en las piernas, y bajando los ojos vió, con el natural desagrado, que tenía enrolladas a sus tobillos dos repugnantes culebras. Desde aquel día adoptó las polainas de cuero para ir a pintar al monte.



Arroyo, 1922. (Propiedad de don Eduardo Casuso)

Riancho es quizás (después de Gauguin) el pintor que ha vivido en contacto más íntimo con la naturaleza. Los grandes paisajistas franceses del siglo XIX, principalmente los de la llamada escuela de Barbizón, vivían frecuentemente en pequeñas aldeas, próximas a sus paisajes predilectos, pero no se desligaban por completo del mundo artístico: convivían unos con otros, de vez en cuando iban a París, exponían sus cuadros, y el éxito con que eran acogidos les daba nuevos alientos para seguir trabajando en la soledad de sus bosques; pero Riancho, eremita del arte, vive entre lugareños, comparte sus penas, sus alegrías y sus trabajos, pinta sin estímulo ninguno, por una necesidad orgánica, y únicamente hace

de tarde en tarde alguna escapada a Santander, con un cuadro debajo del brazo, que malvende o rifa para subvenir a las necesidades más urgentes de la vida.

¡Qué ánimo no hubiera sucumbido en esta lucha tan ingrata! Riancho sin embargo, no se queja de su suerte, no culpa a los demás de su infortunio; se lamenta únicamente de la «indiferencia con que se asiste en España a los esfuerzos realizados en beneficio de las Bellas Artes» a cuya indiferencia atribuye los obstáculos con que tropieza en su carrera artística.

Pero ni estas dificultades ni la socarronería aldeana que no ve en las extrañas ocupaciones del pintor sino una manera de perder el tiempo, son capaces de quebrantar aquella firme voluntad. Riancho pinta sin cesar, como los pájaros cantan y los arroyos corren, obedeciendo a una ley que está por encima de su voluntad, y también, como él dice, «porque no teniendo la dicha de Rubens, que no necesitaba pintar para vivir, me obliga la necesidad a ello». Pero si hubiera sido diplomático, como Rubens, tampoco hubiera dejado de pintar.

VII

Entre tanto, en la capital de la Montaña se había operado una transformación. Las nuevas generaciones estaban dotadas de una sensibilidad superior para las impresiones artísticas. Vivía a la sazón en Santander un grupo, si no muy numeroso, sí muy entusiasta de artistas y aficionados. Por su iniciativa se funda en 1913 el Ateneo de Santander, que sirve para encauzar las energías dispersas. En su tribuna se pronuncian conferencias, en sus salones se celebran conciertos musicales y exposiciones de arte. Merced a estos actos, el público santanderino se familiariza con los asuntos artísticos y la prensa se ocupa con frecuencia de los mismos.

Los cuadros que Riancho va colocando a bajo precio en varias casas de la capital son conocidos y cada vez más apreciados por el grupo de intelectuales que tienen su centro de reunión en el Ateneo. La atrayente figura del pintor solitario interesa vivamente a los *dilettanti* santanderinos, y uno de los más caracterizados, don José Cabrero, inicia la idea de organizar una exposición de sus obras. Se acoge con entusiasmo la propuesta, se hacen las diligencias necesarias, se visita al pintor, trabaja éste febrilmente en la confección de cuadros, y finalmente, en julio de 1922 se abre al público la exposición de pinturas de Riancho.

Un éxito completo corona los esfuerzos de los organizadores de aquel

acto. Todos los cuadros expuestos son vendidos: la prensa santanderina celebra entusiastamente al pintor: éste saborea por primera vez el éxito a los 81 años de edad, y vuelve a su pueblo, remozado, lleno de ilusiones y afirmando que desde aquel momento va a empezar a pintar con más gusto que nunca.

Desde Ontaneda a Entrambasmestas hace el camino a pie, como tiene por costumbre aquel infatigable anciano. Por la carretera encuentra a algunos aldeanos que le felicitan y le hablan con cierto respeto: y aquellas pruebas de deferencia por parte de sus convecinos constituyen para él la satisfacción más grande de todas las recibidas en aquellos días.

Al año siguiente, 1923, se celebra en el Ateneo una exposición de arte regional. Riancho que había enviado a ella un cuadro, acudió a la capital para visitarla. Tenía cierta curiosidad por conocer el arte moderno, el *modernismo* según su expresión, del cual, aunque había leído algunas referencias en los periódicos, no tuvo ocasión hasta entonces de ver ninguna muestra. Su desilusión fué grande. «Ahora ya sé bien lo que es el *Modernismo*, dice. Cuando no le conocía me pareció siempre que sería alguna cosa nueva, algún adelanto de verdad en el gran arte de la pintura; mas no hay tal cosa: es la *decoración*, un arte convencional, de segundo orden, cuyo origen es bastante remoto y se inventó para llenar



Plaza de Vega de Pas. 1922. (Propiedad de D.^a María Cabrero)

techos de edificios públicos. La decoración, digo arriba, es un arte convencional que consiste en rebajar los tonos oscuros y reforzar los claros: todo lo posible, con tendencia al idealismo», tales fueron las ingenuas reflexiones que se le ocurrieron ante unos cuadros de tendencias moderadamente modernas. Y es que para Riancho, monologuista del Arte, no había ningún *parti pris* en cuestiones de estilo. Evolucionaba con asombrosa naturalidad y, sin saberlo, era moderno, mucho más moderno que los que él llamaba modernistas.

* * *

Siete años de gloriosa senectud vive aún Riancho, sin salir de Entrambasmestas. Es un viejo recio, enjuto, avellanado, a quien los años no doblegan la espalda ni enflaquecen el espíritu. Un alma eternamente juvenil, encerrada en un ágil cuerpo de pasiego, mantiene encendida hasta última hora la llama del entusiasmo. Las sendas de la montaña y las riberas de los ríos que hollaron sus plantas juveniles vuelven a ser recorridas por los pies firmes del vigoroso ochentón, y ahora como siempre le conducen a los paisajes favoritos ante los cuales arma el caballete con el mismo fervor que en los años mozos.

Riancho goza en sus postrimerías de un relativo bienestar merced al resultado de la exposición del Ateneo y a una pensión que le fué concedida por la Diputación provincial de Santander. Sus epístolas, siempre candorosas, rebosan satisfacción y agradecimiento hacia sus nuevos protectores.

En 1927, a los ochenta y seis años de edad, se dispone a hacer una exposición en Madrid, para la cual calcula que tendrá que pintar ocho o diez cuadros sobre los que ya tiene terminados. La labor que esto representa no le asusta, ni tampoco el tiempo que requiere en un clima tan lluvioso como el de la Montaña. Sin embargo, la exposición en la que fundaban grandes ilusiones sus amigos de Santander, no llegó a realizarse.

En el verano de 1929 manda a la exposición de Santillana del Mar algunos cuadros, sus últimas y más queridas producciones, de las que se despide con lágrimas en los ojos.

«El día que tenía que mandarlos (dice su sobrino, en cuya casa vivía a la sazón), me recomendó mucho que le despertara para verlos un poco antes de cerrar la caja, y así lo hice, y al poner la tapa le dije: «bueno, despídase de ellos que los voy a cerrar», y se quedó tan parado, sin hablar palabra, que si mi mujer no le quita del taller se echa a llorar como si hubiese enterrado a un familiar».

En marzo de aquel mismo año, habiéndose quedado solo en la casa

de Entrambasmestas, por muerte de su hermano y de su cuñada, se traslada a casa de su sobrina en Ontaneda, donde es solícitamente atendido. El pintor está débil y enfermo: apenas se levanta de la cama; al hablar desvaría; su vigorosa naturaleza se agota poco a poco; cuando ve entrar el sol por la ventana de su cuarto se exalta y pide los pinceles... pero ni las piernas ni las manos le obedecen. Se extingue como una pavesa, y, finalmente, el 25 de setiembre de 1929, a los 88 años de edad, se apaga el último destello de aquella vida sana, honrada, laboriosa; vida ejemplar de artista a quien nunca inquietó la vanagloria, y de hombre que supo salvar la dignidad a través de todos los escollos.

ELÍAS ORTIZ DE LA TORRE

Dibujos inéditos de Riancho.

(Continuará)





ICONOGRAFÍA FUNERARIA MONTAÑESA

LOS HERRERA DE LA CONCHA DEL CONVENTO DE LA CANAL

EL CONVENTO—LAS ESTATUAS

Hay en el lugar de la Canal, del Concejo de Vega, recostada en la loma que domina el valle de Carriedo una iglesia franciscana de recogida piedad, con yeserías discretas en la bóveda, parca de adornos en el resto, un altar ni artístico ni rico, pero noble en su severidad, ocupa el testero, en ella son las oraciones de las humildes religiosas el mejor adorno. En las gradas que dan acceso al presbiterio y en arcos abiertos a ambos lados, se conservan dos estatuas de los fundadores. El epitafio del Señor, único que se labró en el basamento de la suya aparece interrumpido por la gradería dicha, el de su esposa no se llegó a esculpir, rehaciendo lo que ocultaron los escalones dice así:

AQUI YACE EL SEÑOR DON DOMINGO HERRERA DE LA CONCHA PATRONO Y FUNDADOR DE ESTE CONVENTO SEÑOR DE LA VILLA DE VILLASANA PROVEEDOR GENERAL PERPETUO DE LAS REALES ARMADAS Y GENTE DE GUERRA DE LAS CUATRO VILLAS DE LA COSTA DE LA MAR, JUEZ SUPERINTENDENTE DE LAS FABRICAS REALES DELLAS Y DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS. Y CASTELLANO Y ALCAIDE PERPETUO DEL CASTILLO Y CASAS REALES DE SANTANDER. FUNDADOR DE SU CASA Y MAYORAZGO.

El escultor Gabriel de Rubalcava fué el autor de las estatuas que importaron dos mil doscientos reales (1).

Representan a los fundadores en actitud orante, la señora viste saya y se cubre con el manto tradicional español, en el reclinatorio tiene sus guantes, acaso unos guantes adobados en ámbar y un abanico, detalle este último nada frecuente en esculturas funerarias.

El señor don Domingo Herrera, postrado de hinojos y con sus manos juntas, luce calzas y jubón, ropilla de fino paño envuelto en amplia garnacha adornada de botones y almidonada golilla. Muerto en Madrid el señor de Villasana, fué su cuerpo depositado en San Nicolás y luego trasladado a la iglesia del convento de la Purísima Concepción; importaron los funerales y el traslado de los restos desde Madrid a la Canal 24.346 reales de vellón.

La estatua de la mujer de Domingo Herrera de la Concha, no tiene en el basamento inscripción alguna, la carencia de este detalle nos hace pensar que allí no descansa doña Manuela Gómez del Rivero. En efecto, pasó ésta a segundas nupcias con el Marqués de Villatorre y parece probable se inhumara en el panteón de los Bustamante. En cambio la verdadera fundadora, la primera esposa del activo montañés, es a quien se refiere la estatua y por eso omitieron el epitafio, memoria ampulosa para el porvenir, y poco podían consignar en él, de una hacendosa, obscura y concertada ama de casa, atenta a sus quehaceres y afanosa en la cotidiana y poco brillante tarea. Doña Catalina de Losada, que fué su nombre, juntamente con su marido hicieron la fundación por escritura otorgada en Madrid el 12 de mayo de 1662 ante el Escribano Francisco Suárez de Ribera, aprobada por el Definitorio de la Provincia de Cantabria por patente dada en Vitoria el 17 de junio de 1665. Se reconocía por ella el patronato a favor de los fundadores y sus descendientes con las prerrogativas honoríficas inherentes y con el derecho de presentación de siete plazas sin dote. La cantidad con que subvenían los patronos a las necesidades del convento, carga impuesta a los poseedores del mayorazgo, era de 10.320 reales de vellón. Los títulos que figuran en el epitafio son la jecutoria de prosperidad del hidalgo montañés, triunfador en la Corte. El señorío de Villasana por su jurisdicción alta y baja, mero y mixto imperio, alcabalas y fortaleza y su término la adquirió por venta judicial que a su favor otorgó don Sebastián de Ortega, Juez particular, para hacer pago a la Real Hacienda de las deudas fiscales del Secretario Jorge de Bande y don Medel de Callirgós por escritura en Santander ante los

(1) A. H. N. Cons. Leg. 5084, n.º 3. Bajas en el caudal de Domingo Herrera «A Gabriel de Rubalcava, maestro escultor, mil y cien reales, mitad de dos mil doscientos reales que se le debían de dos bultos de piedra que había labrado de orden de dicho Señor, para la iglesia del Convento de la Canal».

escribanos Francisco Lazcano y Francisco de Vera y Soto el 8 de agosto de 1650. El oficio de Proveedor General de Armadas y gente de guerra por juro de heredad con 600 ducados de vellón de sueldo al año y veinte escudos para un oficial, situados en la renta de millones de Burgos, lo adquirió por título despachado a su favor el 18 de junio de 1656 y 13 de diciembre. El de Superintendente de fábricas, montes y plantíos con ochocientos ducados de sueldo anuales lo obtuvo por privilegio de S. M. despachado en 27 de octubre de 1668, refrendado de don Pedro de Medrano. La castellanía y alcaldía perpetua del Castillo de Santander se le adjudicó por la justicia de la villa, como pago de lo que a su favor resultó en la fianza hecha a don Gabriel de la Puebla, poseedor del mayorazgo de Escobedo, en los alcances en que fué condenado por su residencia del cargo de Corregidor de Canarias, de que se otorgó título a don Domingo el 19 de octubre de 1661 (1).

UN MONTAÑÉS AFORTUNADO EN LA CORTE

El 14 de enero de 1672, a las 6 de la mañana, murió en Madrid don Domingo Herrera de la Concha en medio de la opulencia debida a sus iniciativas y empresas, pues sus comienzos fueron harto modestos. La picaresca española registra en sus anales muchos casos análogos que se malograron en el infortunio y en el fracaso. El afortunado montañés, cuyas facciones contemplamos aún en la piadosa fundación que guarda su estatua, es acabado ejemplo de fortuna y logro de aspiraciones, suele ser aquélla, compañera de las cualidades propicias para alcanzarla, que obtienen pleno éxito en su adecuación completa, no siempre otorgada a los míseros mortales. De una familia hidalga que ejerció los cargos honoríficos propios de los nobles, que produjo a un capitán y gran soldado, Juan de Herrera, hermano de Pedro Herrera de la Concha, padre del señor de Villasana, salió este vástago que la ilustró por el brillo no menos deslumbrante de las riquezas. El corto patrimonio no bastaba o fué insuficiente para las ansias secretas que le impulsaron a la Corte, piélago donde naufragaron muchas veces pretendientes y descontentos. La nobleza heredada, desproporcionada al contenido económico que le correspondía, no fué óbice para encontrar empleo. Ofrecíanlos para gentes de análoga situación las casas de los Grandes, donde era patente de introducción la buena calidad del linaje del aspirante para desempeñar el cargo de criado de escalera arriba o criado de estrados y entre ellos y en tan excelsa Casa, émula de la Real, como la del Conde-Duque, tuvo

(1) A. H. N. Legs. 5084, n.º 3 y 4624 de la Sección de Consejos. A ellos hemos de referirnos salvo indicación contraria.



Don Domingo Herrera de la Concha, Señor de Villasana

Convento de La Canal (Vega de Carriedo)

puesto Herrera de la Concha. En 1625 aparece en las nóminas de la Casa Ducal (1) como ayuda de Cámara con otros tres, Gonzalo de la Oliva, Simón Rodrigo y Cristóbal de Lonay; cada uno tenía de salario un pan, una libra de carnero, media azumbre de vino y doce maravedís. En 1636 es ya Veedor y sigue en el servicio al ocurrir la muerte de la Duquesa doña Inés de Velasco. Esta por su testamento y codicilos de 5 de septiembre de 1647, no olvidó a sus servidores como solía ocurrir a quienes tenían conciencia de sus deberes, sin coacción alguna del Estado, a cuyo dictado mejor que al de la ingerencia estatal se inspiraban los actos de la vida y en una de sus cláusulas dejó consignado: «Item ordeno al Administrador de mis bienes que conserve sus raciones a todos los criados de escalera arriba por toda la vida y a los de escalera abajo por espacio de tres meses (2).

Como tal gozó ciento seis maravedís de ración diaria vitalicios, que empezó a disfrutar desde el 11 de septiembre de 1647, fecha inmediata a la del fallecimiento de la duquesa. Solía acompañar al Conde-Duque a Palacio, donde conoció a los secretarios Carnero, don Fernando Ruiz de Contreras, don Jerónimo de Lezama y a don Bartolomé de Legarda; hacía oficio de botiller sirviéndoles bebidas refrescantes en el cuarto de la galería del cierzo en Palacio durante el verano. Los testigos de vista y comunicación lo comprobaron ampliamente años más tarde y como en sus declaraciones encontramos un eco de aquella época, las resumimos a continuación.

Inés Fernández de Villaverde, criada de la Duquesa de Olivares, expuso: «que hacía cuarenta años conocía a Domingo y a su mujer, que fué despensero del Conde-Duque, tenía la despensa frente a San Gil y se vendían en ella, vino caro, perdices y pernils y asistía a vender su mujer, hasta que tuvieron caudal y se metieron a tratar con las Indias». Don Juan de Tapia, caballero de Santiago y Regidor más antiguo de Madrid: «conoció a Domingo más de treinta y seis años, vivía junto a San Nicolás, casado con una gallega gorda, le conoció como botiller del Conde Duque, y tenía la repostería en un esconce que había a la entrada del cuarto del Conde-Duque, a modo de pequeño aposento, a donde vió este testigo diversas veces al dicho Domingo de Herrera con un paño blanco limpiando los platos de plata en que había de comer el dicho Conde y los vasos, y que tenía allí una mesa larga y diversas garrafas de bebidas, y a este testigo yendo diversas veces al cuarto de dicho Conde de Olivares en compañía de su hermano don Gregorio de Tapia,

(1) Certificación de don Manuel Parceroy y Sarmiento. 4 mayo 1675. A. H. N. Alc. 717.

(2) Protocolo de Francisco Suárez de Rivera, año 1647, fols. 641 a 80. El testamento se abrió y publicó por auto de 10 de septiembre de 1647.

le dió muchas veces de beber agua de limón y de las otras bebidas, mandando a un muchacho que tenía consigo para que le ayudase echase de beber a este testigo. Después, cuando se le mandó al dicho don Gregorio de Tapia levantase los caballos para las Órdenes Militares, entró el dicho Domingo de Herrera en dicho asiento de los caballos en que ganó mucho dinero y después entró a tratar en las Indias con don Antonio de Castillo Camargo y fué cambiador, dando letras y pagándolas en que ganó mucho dinero y que esto que lleva dicho y declarado es la verdad so cargo de su juramento». También declararon Pascual de la Secada, Contador de S. M. y el Secretario don Francisco Gracián Berruete. Pedro Rodríguez, Portero del Consejo de Hacienda, conoció a Domingo Herrera de la Concha desde el año de 37 en que fué su compañero en el oficio de ayuda de cámara del Conde-Duque, su amo, «y que no sabe ni ha oído decir le sirviese ni hubiese servido en otro ministerio. Que no sabe ni ha oído decir que hubiese sido botiller, lo que sabe que el dicho Conde su amo, como asistían por la tarde en la galería del cierzo del cuarto que tenía en Palacio los Secretarios de Estado, don Fernando Ruiz de Contreras, don Jerónimo de Lezama, el secretario Carnero y don Bartolomé de Legarda, le encargó dicho Conde-Duque su amo al dicho Domingo de Herrera les tuviese bebidas y refresco para por las tardes y el dicho Domingo de Herrera las hacía traer y se las servía este testigo, viólo muchas veces que le honraban los dichos Secretarios de que le quedó mucha introducción con ellos» (1).

Como consecuencia de estas amistades, alcanzó el puesto de Ugier de cámara de S. M. con el gaje de casa de aposento de que gozó en las casas de don Gaspar del Salto y por cédula real de 18 de noviembre de 1649 se le facultó para que pudiese nombrar sucesor. Los negocios en las Indias y el desempeño y apoderamiento de muchos de sus paisanos allí residentes y de personas que le confiaban la gestión de sus asuntos, convirtieron su casa en una verdadera banca en que tuvo por auxiliares a don Lorenzo Camús y a José Antonio Martínez. Así podemos rehacer el cuadro de sus comitentes y la relación de la cuenta y razón de sus negocios: el Bachiller don Cristóbal de Saavedra, cura de San Mateo, en el reino del Perú, le había remitido 32.000 reales. El Licenciado Francisco Fernández Soriano, cura de Santiago de Machaca, en el mismo reino, 28.474 reales; el doctor Diego de Ontón Olarte, también del Perú, 6.640; don Antonio de la Riva-Agüero hubo de remiterle 4.200 pesos para la merced y pruebas de su hábito; don Cristóbal de Vargas Garrido, vecino de Lima, 4.000 pesos; don Juan Bautista Moreto, oidor de aquella ciudad, 4.500 pesos para un hábito; con el mismo fin

(1) A. H. N. Alc. 717.

recibió en los galeones de 1669 del Contador don Francisco Cerón de los Ríos, 48.000 reales. De Lima recibió 20.839 reales del Caballero de Santiago, don Juan Antonio de Céspedes y Toledo; el Gobernador de Campeche, don Fernando de Escobedo, le cometi6 25.697 reales e igualmente recibía cantidades del Almirante don Jacinto Antonio de Olávarri.

Don Juan de la Riva-Agüero tenía de cuenta con Herrera de la Concha 72.672 reales, de cuya cantidad tenía fianza en las joyas y plata labrada del arca que estaba en Gajano; los Marqueses de Huétor de Santillán le hicieron cesión de la renta de 6.000 ducados de las cajas de Lima hasta 1671, debiéndole 110.000 reales; el Conde de Aguilar, Marqués de la Hinojosa, en la encomienda del Panamá, le debía 9.000 ducados y el general don Martín de la Riva, vecino del Cuzco, 6.592. A doña Luisa de Zárate, vecina de aquella ciudad, le administraba sus bienes de España y en la flota que fué a Nueva España en 1672 estuvo interesado en 5.480 pesos y el Capitán Manuel Delgado dió por su orden a riesgo de los galeones 10.000 pesos a cobrar en Portobelo. Juan Solano de Herrera tenía cuenta por diferentes cantidades que le remitió para los gastos de la merced y pruebas de su hábito, y—declaraba el propio don Domingo—«aunque dicho hábito no se ha despachado, habiéndose dado primeras y segundas diligencias, es cierto que desde su principio he obrado en este negocio con la misma firmeza que si fuera propio, con mucho trabajo y desvelo, y que hasta ahora no he recibido del interesado ningún regalo ni otra cosa».

Acreeedor fué el opulento montañés de gran número de personajes de la época, como los Marqueses del Carpio, don Lope de los Ríos, Presidente del Consejo de Hacienda, el Secretario Francisco del Castillo, don Baltasar Nieto de Trejo, Corregidor de Segovia, don Francisco Gómez del Rivero, la Marquesa de Almodóvar doña Luisa de Góngora, el Marqués de Malagón, los Marqueses de Povar y la Condesa de la Roca. El Principado de Asturias quedó debiéndole 477.634 reales de vellón, resto de dos escrituras que en su representación otorgaron el 28 de junio y el 12 de diciembre de 1668 en Madrid ante el escribano Andrés de Calatañazor, el Marqués de Campo Sagrado y don Gabriel de Casso. Pedro de Santiago Concha, Proveedor General del Mar del Sur y Puerto del Callao, el Oidor de la Audiencia de Panamá don Andrés Martínez de Amileta, el Capitán don Alonso de la Concha, residente en Flandes y tantos más demuestran el grado de prosperidad a que llegó.

La casa habitada por el señor de Villasana respondía a sus gustos de opulencia y grandeza, así vemos que estaba decorada con una tapicería de Bruselas de doce paños con la historia de Alejandro y cuatro sobrepuestas que se valoraron en 80.000 reales. Otra de diez y seis paños de

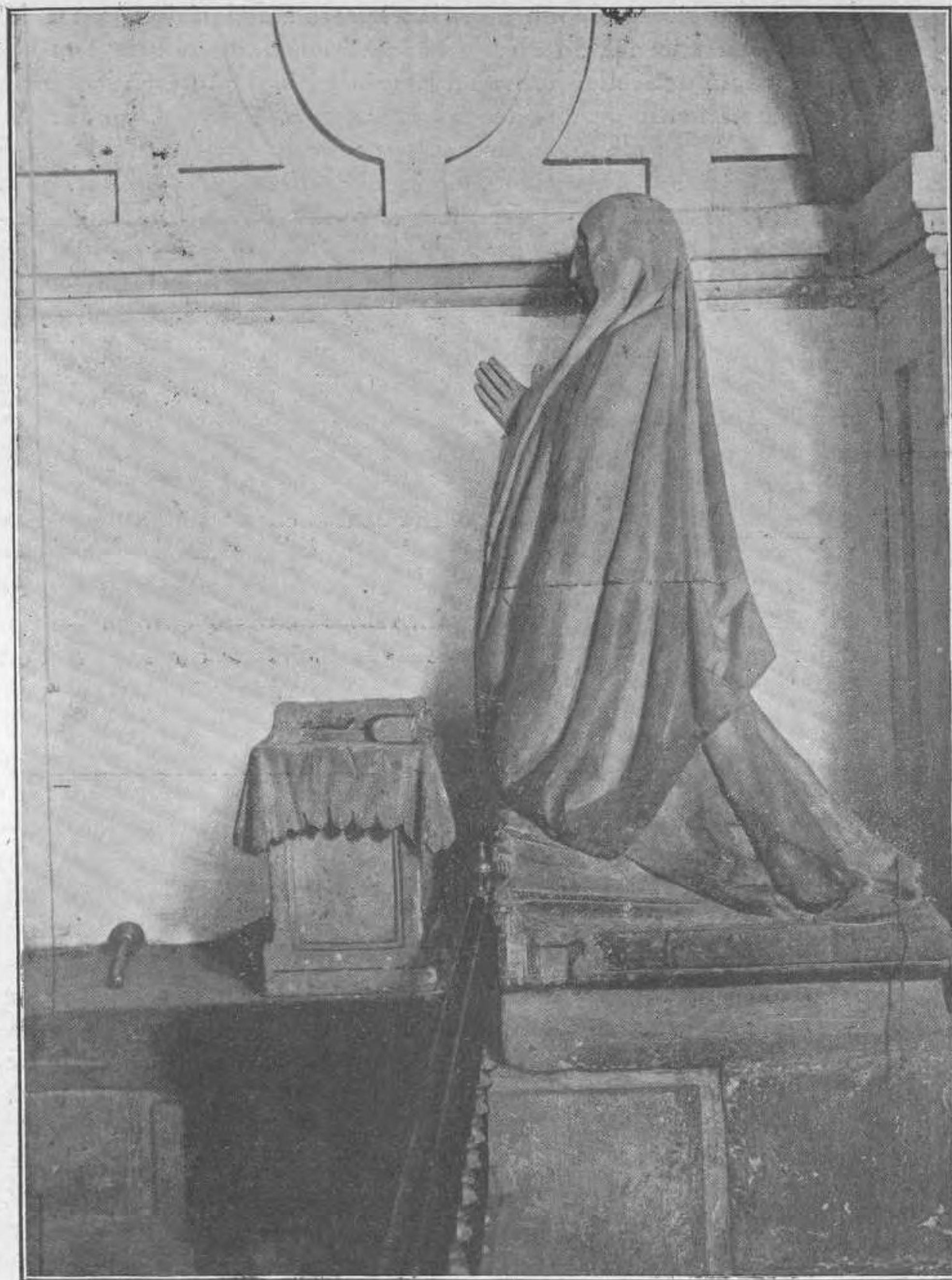
boscage y cinco paños que componían otra, con la historia de Amazonas, diferentes tapicerías constituían el decorado de sus puertas y diez reposteros viejos con las armas del Conde de Chincón, garantía segura de alguna licitación hecha por el montañés, figuran en el inventario de sus muebles.

No podían faltar las pinturas y como agradecido figura un retrato del Conde de Olivares, cuatro retratos de cuerpo entero decoraban el recibimiento y en las salas inmediatas se veían cuatro lienzos de batallas grandes de más de dos varas, otro de igual tamaño, muy en armonía con el gusto de la época con diferentes pensamientos, la mitad de un apostolado, otros representando el sacrificio de Isaac, Santa Teresa y San Francisco, la Inmaculada Concepción con relieve de plata y marco de lo mismo, tres paisajes con marcos negros, un Ecce-Homo con marco de ébano y hasta veintidós láminas de ermitaños con marco de caoba. En el aposento de doña Manuela Gómez del Rivero se veían dos láminas ochavadas guarnecidas de bronce y plata representando el Bautismo de Cristo y la Concepción y las otras dos la Encarnación y la Sagrada Familia, una cama de ébano de Portugal bronceado con cinco colgaduras de felpa encarnada y guarnición de oro que valía más de dos mil ducados, dos bufetes de caoba y un escritorio de Nápoles con láminas en las navetas, un azafate de plata mediano, una palangana de plata con molduras, una pila de plata pequeña con una cruz tallada en medio y unos países con marcos negros. Diez cuadros de floreros decoraban los pasillos, en los cuales se alineaban doce sillas de cañamazo, cuatro bufetes de nogal y cuatro lienzos de batallas, de más de dos varas cada uno, el antedespacho, lugar destinado a recibir a quienes venían a solicitar el auxilio económico del antiguo ayuda de cámara del Conde-Duque, tenía en sus paredes cuadros que representaban a San Jerónimo y la Magdalena, uno grande de la máscara de la entrada del Príncipe de Gales y otro del Niño Jesús disputando con los Doctores, frontero a uno grande de Nuestro Señor levantado en la cruz. Pasábase al despacho que decoraban dos escritorios grandes de Nápoles, seis sillas de baqueta, cuatro taburetes de terciopelo encarnado, una lámina de San Ignacio y otra de San Francisco Javier en piedra, con marco de ébano y cuatro espejos con marco negro de lo mismo. Inmediato a éste estaba el comedor, donde la riqueza era verdaderamente deslumbradora: de sus paredes colgaban seis espejos grandes y repartidos en anaqueles, bufetes y mesas, se veían piezas como un azafate de plata grande cincelado de flores y pájaros, una copa alta dorada con pié, una pieza de plata larga dorada en forma de concha, una copa honda lisa con pié, una fuente de plata dorada cincelada agallonada con pié y un jarrón grande cincelado con gollete angosto, boca y falda ancha y dos asas en forma

de cartelas, un taller de plata con tabla de plata cuadrada almenillada y con bordes, salero de hechura de copa con tapador y un grifo por remate, azucarero, aceitera y vinagrera con tapadores y remates, otro con pié de facistól y moldura, salero con tapador, una poma con una figura, arandela con cuatro cartelas y en ella cuatro pomos y en la tabla pimentero, aceitero, vinagrera y azucarero, un caracol con pié alto de plata dorada y una figura de plata en el remate, un vaso de oro con pié y dos asas y cuatro copas de plata dorada de la misma forma, dos salvas de plata, la una dorada con esmaltes y otras dos lisas, un jarro grande de plata chocolatero con pié, pico, asa y tapadores, cinco azafates de plata y para servicio de la mesa sesenta platos de lo mismo, treinta y seis trincheros y dos grandes gallineros.

No podía por menos Herrera de la Concha, siguiendo la costumbre de su tiempo y la tendencia natural a perpetuarse, que consagrar por medio de un mayorazgo la riqueza reunida. Viudo de su primera mujer, que contribuyó a reunir los primeros ducados, base de la opulencia, contrajo segundas nupcias con su sobrina carnal doña Manuela del Rivero y Herrera de la Concha, que había nacido en Cádiz y recibido el bautismo en el Sagrario de la Catedral el 6 de mayo de 1645; era hija de doña Juliana Herrera de la Concha que había casado en Vega el 8 de mayo de 1632 con su primo hermano el licenciado don Pedro Gómez del Rivero que fué Juez de Millones de la ciudad de Cádiz, Fiscal de la Casa de Contratación de Sevilla y Oidor de Valladolid y que pertenecía a una de las principales familias de aquella región.

Tenían los Gómez del Rivero enterramiento en la iglesia de San Andrés de Vega, honor que compartían con ella otras seis familias, las cuales tenían su sepultura a la entrada de la capilla mayor, en siete lápidas de piedra de grano de siete piés de largo y dos de ancho que ocupaban toda la anchura de dicha iglesia, iguales y sin inscripción, como si quisieran por este alarde de igualdad nivelar sus pujos aristocráticos. La primera inmediata al altar de San Miguel, era de los Fernández de la Concha, la segunda de los Riveros, la tercera de los Miera Castañeda, la cuarta de los Mieras, la quinta de los Pellones, que poseía en 1658 Juan Gutiérrez de Pumar y Pellón el menor, la sexta de los Vega y la séptima del linaje de Maquilón. El cura del lugar hacía observar en la fecha aludida, que el Ordinario eclesiástico había dado licencia a otras familias para que como vecinos y parroquianos del lugar, tuvieran otras lápidas, pero los dueños de ellas se opusieron, no pudiéndolo conseguir ninguno. Acaso en esta estrechez de criterio, tan extendido entre la nobleza lugareña, tuviera principio el deseo del banquero madrileño de eclipsar a todas, construyendo en la Canal el Monasterio de la Purísima Concepción con más noble enterramiento que el de sus convecinos.



Doña Catalina de Losada

Convento de La Canal (Vega de Carriedo)

La familia de Rivero reconocía como tronco a Aparicio Gómez del Rivero, padre del Licenciado Pedro Gómez del Rivero, que estando soltero tuvo en una doncella honrada, limpia e hidalga, llamada María Gutiérrez, natural del lugar de Saro, al padre de esta señora. Su abuelo, andando el tiempo, se ordenó de sacerdote y cuando don Miguel Gómez del Rivero, Caballero de Santiago, vistió el hábito de esta Orden, se hicieron prolijas pesquisas para acreditar el nacimiento del hijo de María Gutiérrez con anterioridad a la recepción de las órdenes sagradas; en efecto, éste se bautizó en Avionzo el 8 de marzo de 1573 y hasta tres años después, el 16 de junio de 1576 no recibió su padre el orden del diaconado, siendo curioso que el mismo presbítero que hizo las informaciones de *vita et moribus* por encargo del Arzobispo de Burgos, fué el mismo que bautizó al hijo del ordenando. Este otorgó testamento ante Agustín de Obregón, siendo cura de la iglesia de San Andrés de Vega, el 31 de enero de 1635 (1).

El capital asignado al mayorazgo, fué de dos cuentos ciento sesenta mil sesenta y cuatro reales y medio de vellón, doscientos sesenta y nueve mil seiscientos sesenta y nueve reales de plata blanca y trescientos sesenta y dos mil setecientos treinta y un reales de plata en oro. En íntima relación con la fundación del mayorazgo está el testamento en que ordenaba la fundación del mismo. Por él se mandaba enterrar en la iglesia de San Nicolás, amortajado con el hábito de San Francisco y mandaba que se trasladase su cuerpo en el más breve plazo al convento de la Canal. Dejaba seis mil misas, dos mil en sufragio suyo y las restantes por su intención y la de las personas por quien pudiera tener algún cargo y obligación.

A Nuestra Señora de Valvanuz del lugar de Selaya dejó cincuenta ducados, a Nuestra Señora del Soto del Valle de Toranzo, veinte, a la ermita de la Magdalena de Bustillo, treinta e igual cantidad a la Virgen de la Almudena de Madrid. Imponía la obligación a su sucesor de dar cien reales a los músicos que acompañan al Santísimo cuando sale de la parroquia de San Nicolás y a la congregación de San Felipe Neri que estaba levantando una iglesia en la plazuela del Angel, cien ducados.

EL MARQUÉS DEL SALTILLO

(Continuará)

(1) A. H. N. Santiago Exp. 3471.



**BODEGAS
UZCUDUN**

VINOS FINOS

SANTANDER - Teléfono 12-94

**GRANDES BALNEARIOS
DE
ALCEDA-ONTANEDA**

LOS MAS ACREDITADOS PARA LA
CURACION DE LAS ENFERMEDADES DE
LA PIEL, VIAS RESPIRATORIAS,
PROPIAS DE LA MUJER Y ARTRITISMO

GRAN HOTEL DE ONTANEDA
El de mayor confort y más esmerado trato

BANCO DE SANTANDER

FUNDADO EN EL AÑO 1857 Y CAJA DE AHORROS ESTABLECIDA EN EL AÑO 1878

Capital: 10.000.000 pts.-Fondo reserva: 9.000.000 pts.-Fondo previsión: 450.000 pts.

Sucursales: Alceda-Ontaneda, Ampuero, Astillero, Comillas, Espinosa de los Monteros, Lanestosa, Laredo, Osorno, Panes, Potes, Reinosa, Santoña, San Vicente de la Barquera, Sarón y Solares

Banco filial: BANCO DE TORRELAVEGA

(Capital 2.000.000 de pesetas) con sucursales en CABEZÓN DE LA SAL y MOLLEDO

Principales operaciones: Cuentas corrientes a la vista 2,50 % de interés anual. Cuentas corrientes con preaviso de ocho días 3,00 % de interés anual. Depósitos a tres meses 3,50 % de interés anual. Depósitos a seis meses 4,00 % de interés anual. Cuentas corrientes de moneda extranjera a la vista interés variable.

Cajas de ahorros: A la vista 3,50 % de interés anual sin limitación de cantidad. Cartillas especiales: Disponibles con preaviso de ocho días 4,00 % de interés anual. Los intereses se liquidan por semestres

Depósitos de valores sujetos a devolución sin previo aviso y a comprobación por los interesados durante las horas de caja, mediante la presentación de los resguardos. Cuentas de crédito, giros, cobro y descuento de cupones, órdenes de Bolsa y toda clase de operaciones de Banca

BALNEARIO DE CALDAS DE BESAYA

Aguas clorurado-sódicas, Bromuradas, Nitrogenadas muy Radioactivas. Temperatura 37°
Baños con agua corriente.

INDICACION

Reuma y Atritis en todas sus formas-Ciática
Neuralgias-Bronquitis-Asma bronquial
Cardiopatías, en las consecuencias de los traumatismos, etc., etc.

GRAN HOTEL DEL BALNEARIO

lujosamente reformado, inmejorable trato, asistencia completa de 14 a 30 pesetas, según habitación

**Material de construcción y artículos
de saneamiento**

Ladislao del Barrio y C.^{ía}

Casa especializada en instalaciones económicas
y cerámica artística

Pídanse nuestros catálogos ilustrados

Santander - Méndez Núñez, número 7

La Compañía de Maderas Santander

≡ ≡ ≡

Grandes almacenes de
maderas de pino del norte,
de pino Tea y de made-
ras finas

≡ ≡ ≡

Esta Compañía tiene también fábricas
de aserrar y acepillar maderas en Bil-
bao, Madrid, Huelva, Alicante, Murcia,
Ojón, San Juan de Nueva (Avilés)

Wasaes

Banco Mercantil

SUCURSALES: Alar del Rey, Astillero, As-
torga, Barruelo, Burgos, Cabezón de la Sal,
Cistierna, Ciudad Rodrigo, Frómista, Guijue-
lo, La Bañeza, Laredo, León, Llanes, Ponfe-
rrada, Potes, Ramales, Reinosa, Sahagún, Sa-
lamanca, Salas de los Infantes, Santoña,
Torrelavega, Unquera, Valencia de Don Juan,
Cervera de Pisuergra, Palencia, Paredes de
Nava, Posada de Llanes, Santibáñez de Béjar,
Selaya y Villadiego

Capital. 15.000.000 de pesetas
Desembolsado. 8.400.000 »
Fondo de reserva. 13.600.000 »

CUENTAS CORRIENTES a la vista, 2,50 por 100
de interés anual.—DEPOSITOS a tres meses, 3,50
por 100 de interés anual; a seis meses, 4 por 100 de
interés anual.—CAJAS DE AHORROS: A la vista,
3,50 por 100 de interés anual sin limitación de canti-
dad.—CARTILLAS ESPECIALES: Disponible, con
preaviso de ocho días, 4 por 100 de interés anual.—
Créditos en cuenta corriente sobre valores personales,
Giros, cartas de crédito, descuento y negociación de
letras documentarias o simples aceptaciones, domicilia-
ciones, préstamos sobre mercaderías de depósito, trán-
sito, etc.; negociación de monedas extranjeras, afian-
zamiento de cambios de las mismas, cuentas corrientes
en ellas, etc.; cupones, amortizaciones y conversiones.
Operaciones en todas las Bolsas. Depósito de valores.
Caja de seguridad para particulares

Dirección telegráfica y telefónica: MERCANTIL

Corcho Hijos, S. A.

Santander - Calle de Recoletos, núm. 3 Madrid



Instalaciones y calefacción, ventilación y saneamiento en
toda clase de edificios :: Cocinas y servicios completos
de fumistería

Las instalaciones de esta clase realizadas últimamente en el edificio
de la Compañía Telefónica Nacional de España, dicen mejor que
pudiéramos hacerlo nosotros, nuestra competencia en la materia

Otras instalaciones importantes realizadas últimamente:
Hotel Cristina, Sevilla - Casino de Sevilla, Sevilla
Todas las instalaciones del primer edificio de la Ciudad
Universitaria, Madrid - Residencia de Estudiantes de
la Fundación del Amo

OBRAS NUEVAS

FRANCISCO
DE NÁRDIZ

FIGURAS

PRECIO: 3 PESETAS

LAS ASTURIAS DE SANTILLANA EN 1404

PÚBLICO

FERNANDO GONZÁLEZ CAMINO Y AGUIRRE

Un tomo en cuarto, 12 pesetas

DE VENTA EN LA LIBRERÍA MODERNA - SANTANDER -

MANUEL LLANO

BRAÑAFLORES

PRECIO: 5 PESETAS

TOMÁS MAZA SOLANO

Un rarísimo pliego del año 1852
que en 1931 recobra actualidad.

Fuentes para la Historia - - -
- - - de nuestra Montaña.

EN PRENSA, DEL MISMO AUTOR:

El autor de "Costas y Montañas"
en la Historiografía Montañesa.

Las Juntas de las - - -
- - - Cuatro Villas de la Costa.

GRANDES

ALMACENES DE DROGAS, PRODUCTOS
QUÍMICOS Y FARMACÉUTICOS

E. PÉREZ DEL
MOLINO, S. A.

Especialidades farmacéuticas : Per-
fumería : Fotografía : Ortopedia
: Cirugía : Pinturas : Brochería :

SECCIÓN LABORATORIO

Injectables : Apósitos y Esteriliza-
: : dos : Análisis clínicos : :

SANTANDER

Apartado 4

MADRID

Apartado 4.035

BODEGAS DEL ROMERAL



FÉLIX AZPILICUETA
MARTÍNEZ, S. A.

UN BUEN VINO
RIOJA ROMERAL

JABÓN

Aromas de la Tierruca

IDEAL PARA EL TOCADOR

La Rosario :: Santander

Carbones

lubrificantes

INDATOS

SANTANDER

GRAN HOTEL - **ROYALTY** CAFÉ-RESTAURANT

Director Propietario: JULIÁN GUTIÉRREZ

Avenida Galán y Hernández. Telf. 2017. -SANTANDER (España)

Confort moderno :: Ascensores :: Cuartos de baño :: Calefacción :: Aguas corrientes :: Restaurant renombrado, con servicio a la carta y por cubiertos :: Salón de té :: American Bar :: Domicilio social de "Rotary Club"



SOCIEDAD ANONIMA "JOSE MARIA QUIJANO"

FORJAS DE BUELNA
ACERO MARTIN «SIEMENS»
HIERROS COMERCIALES
ALAMBRES DE TODAS CLASES
GRIS, BRILLANTE, RECOCIDO, COBRIZO,
GALVANIZADO, ESTAÑADO PARA SOMIERS Y
ESTAÑADO PARA COSEK LIBROS,
REVISTAS, CAJAS DE CARTÓN ETC

SANTANDER
PUNTAS DE PARIS
TACHUELAS, SIMIENTE
ALCAYATAS, GRAPAS
ESPINO ARTIFICIAL

FUNDADAS EN 1873
ENREJADOS, TELAS METALICAS
CABLES DE ACERO
MUELLES, RESORTES
OTRAS MANUFACTURAS DE
ALAMBRE